EUGENIO OLIVEIRA

INVITACIÓN AL CRIMEN

CUENTOS





‘Invitación al Crimen’ presenta un grupo selecto de cuentos cortos de misterio policial en donde la única constante es el crimen y los finales inesperados. En cada cuento el autor reta el lector a descubrir el final de la historia antes de llegar al último párrafo. Finales inesperados que te obligarán… a seguir leyendo..



Eugenio Oliveira

Invitación al crimen

ePUB v1.0
Hiacynt 20.04.15

Título original: *Invitación al crimen*
Eugenio Oliveira.

Editor digital: Hiacynt
ePub base v2.1

El descuartizador

El sospechoso finalmente apareció con un costal en el parque principal de la ciudad de Ica. El seguimiento había durado varias semanas y todos los parques de la ciudad contaban con un policía a la espera de la aparición del supuesto descuartizador, quien ya había atacado en dos oportunidades, en ambos casos dejando los cuerpos cercenados de sus víctimas dentro de un costal de yute en diferentes parques de la ciudad.

A las tres y treinta de la madrugada el oficial Octavio Mayta observaba desde un estratégico escondite la llegada del sospechoso. Por el esfuerzo que este hacía al arrastrar el costal, Mayta estaba seguro de que la víctima debía ser una persona bastante corpulenta.

La noche era oscura y reinaba el silencio. Mayta se dio cuenta de que si tomaba la decisión de avisar por radio a los demás oficiales corría el riesgo de ser escuchado por el sospechoso y perder la gran oportunidad de atraparlo. En ese momento se percató de que el éxito de esa operación policial dependía exclusivamente de él. Esperó que el sujeto llegara a la mitad del parque. En ese preciso instante dio un salto, saliendo de su escondite mientras desenfundaba su arma.

—¡Alto, policía! —gritó Mayta —. ¡Al suelo!

El sospechoso se mostró confundido y no tuvo más alternativa que hacer lo que el oficial le ordenaba.

Seguidamente, Octavio Mayta fue acercándose con cuidado, con el arma siempre apuntando a la cabeza del sospechoso, quien estaba boca abajo y no representaba ningún peligro. El oficial, de forma rápida, sacó sus esposas y logró inmovilizarlo. Cogió su radio e informó a la central de policía que tenía controlado al delincuente y solicitó apoyo para escoltarlo, además, pidió una ambulancia para trasladar el cuerpo de la víctima.

—Ha ganado la batalla, oficial —dijo el sospechoso—. Pero no la

guerra. El día de hoy usted va a perder más que yo.

—¿A qué te refieres, maldito demente? —preguntó furioso Mayta—. Tú irás directo a la cárcel y creo que hasta un enfermo mental como tú sabe cuál es la condena. Hoy el que perdió fuiste tú.

—No estoy tan seguro, oficial. Creo que usted perderá más al saber quién está dentro de ese costal.

El rostro triunfante de Mayta cambió al instante por uno de preocupación. Pensó en su esposa, a quien no veía desde hacía dos días debido al seguimiento que estaba realizando. Instintivamente, se abalanzó sobre el costal y lo abrió. Se encontró con el cuerpo inerte de un hombre a quien nunca había visto antes.

—No sé quién es este hombre.

—Es mi hermano —dijo el sospechoso.

Mayta sintió que algo salía del costal y atravesaba su garganta. Cinco minutos después llegaban la policía y la ambulancia, y encontraban por tercera vez un costal de yute que contenía un cuerpo descuartizado.

Ying yang

Sentado fuera del salón, Santiago repasaba mentalmente las palabras que acababa de escuchar. El desconcierto lo había obligado a abandonar la clase, al menos por unos minutos. Sabía que su profesor de marketing había lanzado esos comentarios para ayudar a sus alumnos, sin embargo, estaba seguro de que este no imaginaba la intranquilidad que el mensaje le había generado.

—"Alumnos, en el mundo recibirán muchas críticas, muchas de ellas destructivas. No deben hacerle caso a esos comentarios", había dicho el profesor hacía quince minutos. "Recuerden que si hay una cantidad de personas a las cuales les caes bien, existe la misma cantidad de personas a las cuales les caes mal. ¡El ying yang señores! ¡El equilibrio perfecto!".

Tras unos segundos que sirvieron para asimilar esa información, Santiago levantó la mano para intervenir.

—Profesor Ardiles, ¿de dónde saca usted esa conclusión? Me parece exagerado.

—Señor Miranda, ¿realmente le parece exagerado? ¿Conoce usted lo que es el ying yang? —preguntó el profesor mientras observaba a toda la clase, buscando encontrar alguna mirada de aprobación.

—No mucho, profesor —respondió Santiago, nervioso—. Pero tengo una amiga que tiene tatuado el dibujito en la espalda.

Hubo risas en la clase.

—Déjeme explicarle, señor Miranda —dijo el profesor. Hizo una ligera pausa como para darle mayor importancia a lo que venía—. El ying yang se fundamenta en la dualidad que existe en todo lo que ocupa nuestro universo. Los filósofos orientales lo describen como fuerzas opuestas pero complementarias. Es decir, no existe una sin la otra.

—Profesor —interrumpió Santiago—. ¿Se refiere a opuestos como

el frío y el calor o el día y la noche?

—Exacto. Sin embargo, esos son conceptos muy simples. El tema es mucho más profundo y complejo —dijo el profesor con un tono de voz que le daba a su mensaje un ligero toque de misterio—. Pero, dejemos el tema para otro momento, ¡esta es una clase de marketing señores!

Santiago estaba tan interesado en el tema que lanzó una pregunta que permitiera mantener la conversación:

—¿No cree, profesor, que debemos conocer más en detalle esta teoría del ying yang como soporte a nuestras estrategias de marketing?

El profesor Ardiles soltó una carcajada.

—Eres hábil, Miranda. Pero lamentablemente debo dejar el tema ahí y seguir con la clase. Sólo te puedo decir que el universo se encarga de generar este equilibro. Y bajo esa premisa, si uno es consciente de que estas fuerzas opuestas existen, no te deben preocupar las críticas de los demás, pues siempre habrá personas con sentimientos negativos hacia ti. Lo bueno es que hay una misma cantidad de personas con sentimientos positivos. Es ahí donde debemos concentrarnos para elegir nuestro entorno.

—Una última pregunta, profesor —interrumpió Santiago con inusual entusiasmo—. ¿Eso quiere decir que a la mitad de esta clase le caigo mal? ¿Y así como conmigo, lo mismo ocurre con todos los demás alumnos, incluso con usted?

—Buena pregunta, Miranda —respondió rápidamente el profesor—. Lo que habría que definir es si esta clase es realmente una muestra representativa para nuestro análisis. Eso mejor pregúntaselo a tu profesor de estadística.

El profesor continuó la clase y dos minutos después Santiago abandonó el salón. Se encontraba sentado en el jardín central de la universidad con la cabeza apoyada en una de las bancas de cemento.

“No puede ser”, pensó con preocupación. “No puede ser tan exacto”.

Se levantó rápidamente y corrió hacia la biblioteca de la universidad. No pudo conseguir mucha información sobre el ying yang, sin embargo, lo que encontró fue suficiente. Pudo confirmar que lo afirmado por el profesor podría tener sentido.

Inmerso en una ansiedad que jamás había sentido, devolvió los libros y se dirigió corriendo a su salón de clases.

Al llegar se detuvo en la puerta trasera del salón sin que pudiera ser visto por el profesor o los demás alumnos. Llevaba en la mano una hoja de

papel en blanco y un lapicero. Observaba detalladamente a los alumnos de la clase mientras anotaba algunos nombres. Finalmente terminó.

"Seis", pensó. "Tengo sólo seis amigos en esta clase y si el profesor tiene razón, debe haber tres a los cuales les caigo mal pero no se atreven a decírmelo".

Santiago se dio cuenta de que el tema lo estaba obsesionando de manera enfermiza, sin embargo, la sensación no le desagradaba. Al contrario, le motivaba mucho tener la oportunidad de romper la monotonía del día a día en la universidad. Jugaría a ser detective. El caso era simple. Tenía que descubrir a los falsos amigos.

Pasó los siguientes días analizando a cada uno de los seis. No estudiaba, no asistía a clases y casi no dormía. Tenía que terminar el trabajo, definir a los tres elegidos y confrontarlos. Era la única forma de demostrar si la teoría era válida.

Después de esas dos semanas y mientras se encontraba sentado en una de las bancas de la universidad revisando sus apuntes, se dio cuenta de que no había encontrado nada definitivo. Lleno de ansiedad por no haber tenido éxito resolviendo el caso, decidió aplicar un simple descarte. Eliminó de la lista a los amigos que a lo largo de los años le habían hecho favores que iban más allá de lo común: préstamos importantes de dinero, presencia en el velorio de su abuelo, ayuda en la elaboración de trabajos universitarios mientras se encontraba de viaje y muestras de amistad similares. Descartó finalmente a tres y quedaron los otros: Arturo, Felipe y Eduardo.

Mientras pensaba en su siguiente paso, levantó la mirada y vio a lo lejos a Arturo, quien salía de la biblioteca. "Comenzaré con él".

—Hola Arturo. ¿Cómo estás?

—Bien, Santiago. ¿Te pasa algo?

—No. Todo tranquilo. He tenido malas noches por culpa de un insomnio que no me deja dormir bien desde hace dos semanas —respondió rápidamente.

Santiago no le dio tiempo de responder y continuó hablando.

—Mira, Arturo, quiero ir directo al tema para que ninguno de los dos pierda su tiempo. ¿Tienes algún problema conmigo? —preguntó Santiago mientras lo miraba directamente a los ojos.

—Ningún problema —respondió Arturo confundido por la actitud tan agresiva—. Pero… ¿por qué lo preguntas?

—¡El ying yang, Arturo! ¡El ying yang! —gritó Santiago con un entusiasmo que por momentos se confundía con locura—. Esto del ying yang es real, tiene que ser cierto. Y si es cierto, tengo que eliminar de mi entorno a tres de ustedes, ¡a tres de mis seis amigos en esa maldita clase! Es imposible que yo genere sentimientos positivos hacia los seis. ¡El ying yang jamás lo permitiría!

—¿Te has vuelto loco, Santiago? Estás bromeando, ¿no?

—No es ninguna broma, Arturo ¡Ardiles tiene razón! —gritó Santiago, queriendo justificar su actitud agresiva.

Arturo retrocedió lentamente. Estaba asustado.

—Te has vuelto loco, Santiago. ¿Qué diablos te pasa? ¡Ya olvídate de Ardiles y del estúpido ying yang!

Santiago dio media vuelta y empezó a caminar hablando consigo mismo.

—¡El ying yang es real! ¡Debemos estar protegidos! ¡Todos debemos estar protegidos! —gritó continuamente hasta que logró abandonar el local de la universidad.

Diez minutos después llegó a su casa, se dirigió a su cuarto. De la parte superior del closet retiró una caja y tomó la pistola.

—Debemos estar protegidos —se dijo una vez más—. Tres de seis. El ying yang no se equivoca.

Bajó las escaleras con la pistola en la mano. Cuando llegó al primer piso se dio cuenta de que sus padres estaban ahí. No tuvo tiempo de esconder el arma. Ambos la habían visto.

—¿Qué haces con esa pistola, Santiago? —preguntó su madre con notorio nerviosismo—. Suéltala por favor. Arturo nos llamó a contarnos que no estás bien.

—¡Arturo es uno de los tres, mamá! ¡Ustedes no entienden!

—¿Cuáles tres, Santiago? ¿De qué hablas? —preguntó el padre tratando de acercarse a él.

—¡No te acerques papá! No quiero lastimarlos.

—¿Por qué nos lastimarías, Santiago? Somos tus padres.

—Por el ying yang, papá.

—¿El ying yang? Santiago, suelta el arma y conversemos.

—No puedo, papá —dijo Santiago con lágrimas en los ojos.

Levantó el arma y la apuntó hacia ambos.

—El ying yang se encarga de generar el equilibrio perfecto, papá.

¡Unos de ustedes dos no me quiere! Así como hay uno de ustedes dos que me ama, hay otro que siente por mí todo lo contario. ¡El problema es que ahora no puedo definirlo! Debo atender otros asuntos.

Ambos se quedaron pasmados y se limitaron a ver cómo Santiago abandonaba la casa. Minutos después, luego de una breve discusión, llamaron a la policía.

"Tengo que regresar a la universidad", pensó Santiago mientras abandonaba la casa corriendo a gran velocidad. Había escondido la pistola dentro del pantalón y estaba decidido a encarar a Arturo, Felipe y Eduardo.

"Demostraré que Ardiles tiene razón".

Mientras se acercaba a la universidad su ansiedad aumentaba. Corría cada vez más rápido. Demasiado rápido. Giró bruscamente para tomar una pequeña calle como atajo hacia la universidad y tropezó con su propio talón. Cayó en la vereda de manera violenta. Sin embargo, segundos después se levantó y siguió corriendo. Empezó a sentir cansancio. Se detuvo, se apoyó en sus rodillas tratando de tomar algo de aire y cuando se disponía a retomar la carrera se dio cuenta de que un hombre lo seguía.

—¡Maldita sea! —se dijo a sí mismo.

A pesar de los gritos del hombre que le pedía que se detuviera, él seguía corriendo. Sin embargo, no tenía la misma velocidad de antes y el hombre cada vez se le acercaba más.

Entró rápidamente a un estrecho callejón para despistarlo. Después de avanzar algunos metros se dio cuenta de que el callejón no tenía salida por la parte posterior. Dio media vuelta para salir por el mismo lugar por donde había ingresado. Ya era tarde. El hombre estaba en la entrada del callejón, con algo en la mano. Santiago no lograba identificar qué era. De pronto se dio cuenta de la situación. "Somos dos personas en este callejón. Solo dos personas. El ying yang sigue manifestándose".

Sacó su arma y apuntó hacia el hombre que se encontraba a solo tres metros de él.

—Tranquilo. No quiero problemas —dijo el hombre.

—Ya los tienes —respondió Santiago, quien continuaba apuntándole con el arma—. El ying yang nos ha puesto en esta situación. No sé quién eres, pero es claro que quieres lastimarme. Ardiles tenía razón. Uno de nosotros dos quiere lastimarme.

Quitó el seguro del arma y comenzó a acercarse al hombre, lentamente.

“El ying yang en su máxima expresión”, pensó.

—Te repito —dijo el hombre mientras retrocedía lentamente tratando de alejarse de Santiago. —No quiero problemas. Vi que al caerte en la calle se te cayó la billetera. Sólo te seguí para devolvértela.

El hombre estiró la mano y mostró la billetera de Santiago.

Santiago se quedó perplejo. Hubo un silencio que duró varios segundos.

—¡No puede ser! —gritó de pronto—. ¡El ying yang no se equivoca!

Nuevamente el silencio se apoderó del callejón. Santiago pensaba, mientras seguía apuntando al hombre con el arma.

—Ardiles tenía razón —continuó Santiago—. Siempre la tuvo.

El hombre cerró los ojos.

Santiago disparó.

Debido al estrépito, el hombre abrió los ojos, aterrorizado. La bala no le había caído. Cuando vio a Santiago, entendió la razón. Estaba tendido en el suelo, con su propia bala incrustada en el pecho. Seguía con vida, respirando con dificultad. El hombre se acercó.

—Estás muy grave. Déjame ir por ayuda. Resiste.

—No lo hagas —dijo Santiago con dificultad—. Me quedan un par de minutos. Déjame descasar e irme en paz.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te disparaste a ti mismo? —preguntó el hombre.

—Trajiste mi billetera.

—Sí, pero… ¿eso qué tiene que ver?

Santiago ya no tuvo fuerzas para responder.

“El equilibrio perfecto”, pensó. “Ardiles tenía razón”.

Uno menos

—¡Uno menos!

El grito recorrió todos los rincones de la casa. Fue tan firme y efusivo que diez segundos después los padres de Sergio llegaron a su habitación.

—¿Te pasa algo? —preguntó el padre con preocupación.

No hubo respuesta.

Sergio estaba absorto, mirando fijamente a través de la ventana de su cuarto.

El padre insistió con la pregunta.

—Hijo, ¿todo bien?

Después de algunos segundos el joven salió del ensimismamiento.

—Sí, todo bien, papá.

Volvió a fijar la mirada en la ventana.

Los padres estaban preocupados por su comportamiento, pero no querían decirle nada. Era la primera muestra de entusiasmo desde que había entrado en un estado de depresión grave, hacía diez meses. Ambos se miraban pensando si este inusitado entusiasmo podría significar el inicio de su recuperación.

Se acercaron a la ventana tratando de ver qué era lo que a su hijo lo inquietaba tanto. Fue en vano. No se veía nada fuera de lo normal.

—¿Te provoca salir a caminar? —preguntó la madre.

—No, mamá. Estoy bien acá.

—¡Vamos hijito! Tienes diez meses sin salir de tu habitación.

—Estoy bien acá, mamá. No te preocupes.

—¿Viste algo que te gustó? —preguntó nuevamente tratando de conseguir algo más de información.

—Tal vez.

La madre sonrió. Se acababa de encender una pequeña luz de esperanza.

Durante los siguientes seis días no hubo novedades. Al sétimo día, sin embargo, la historia se repitió.

—¡Uno menos!

El grito volvía a aparecer. Esta vez fue sólo la madre quien apareció en la habitación.

—¿Todo bien, hijo?

Sergio no respondió. Miraba a través de la ventana de su cuarto.

Su madre le tomó ambas manos, con fuerza. Él reaccionó.

—Hijo, ¿hay algo que quieras decirme?

—Mamá, creo que he descubierto algo.

—¿Qué has descubierto?

—No sé si deba decírtelo. No quiero involucrarte.

—¿Involucrarme? ¡Me asustas, Sergio! ¿Qué has visto?

El joven volvió a mirar por la ventana buscando el valor suficiente para contarlo todo.

—Mamá, ¿ves ese local al frente?

—¿Te refieres al centro cultural?

—Exacto.

—¿Cuál es el problema?

—Es un pequeño local de la Municipalidad. Alquilan su sala de conferencias para diferentes charlas o cursos de especialización.

—Sergio, hace diez meses que no sales de tu habitación. ¿Cómo sabes todo eso?

—Internet, mamá. Pero eso no es lo importante. ¿Quieres escucharme?

La madre se sorprendió por la firme actitud de Sergio. Le dio gusto escucharlo hablar con esa repentina pasión.

—Está bien. Continúa.

—Lo único que he hecho desde hace tres semanas es ver y analizar en detalle a todas las personas que entran y salen de esa sala de conferencias.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Y no creas que es tan complicado. La sala solo se alquila en las noches. Hay solamente una o dos charlas diarias.

—¿Y bien?

—Bueno, todos los miércoles hay una charla que se realiza de siete a ocho de la noche. La última charla del día.

Sergio abrió el cajón de su escritorio y tomó una pequeña libreta.

—En esta libreta he anotado el detalle de todas las personas que ingresaron y salieron de la sala de conferencias. Lo he hecho todos los días durante las últimas tres semanas.

—Pero… ¿por qué has hecho eso?

—Por un simple presentimiento. Hace unas cuatro semanas vi algunos hechos sospechosos. Dos tipos discutiendo en la calle. Pelearon, se separaron y finalmente uno huyó corriendo y el otro ingresó al centro cultural. No fue nada importante, pero a partir de ese hecho me he dedicado a observar la entrada del local durante todas las noches.

Sergio abrió la libreta. Le mostró a su madre toda la información. Se detuvo en la última página. Ella analizó todo lo escrito y quedó impactada por el nivel de detalle de la información.

Pudo leer las dos primeras líneas de la última página.

"6:54 pm. Mujer. Pelo Castaño. Polo negro. Jean azul".

"6:58 pm. Hombre. Pelo negro. Camisa blanca. Pantalón negro".

Los datos eran todos muy precisos y ordenados.

—Esta información tan detallada sólo la tengo para la última semana. En las primeras dos simplemente anoté el número total de personas que entraron y salieron.

—¿Y qué descubriste? Me está matando la curiosidad —dijo la madre que ya estaba contagiada del entusiasmo de su hijo.

—Paciencia, mamá. Lo que he descubierto es que en la charla que se realiza los miércoles a las siete de la noche siempre ingresa una cantidad de personas y sale uno menos.

—¿Uno menos?

—Correcto.

—Sergio, creo que estás confundido. ¿No será el conferencista que se queda más tiempo en el local?

—No, mamá. Tengo bien identificado al expositor. Siempre sale al último. Aproximadamente cinco minutos después del resto. Sale en su auto por una puerta lateral que da a la cochera del centro cultural.

—¿Y sale en el auto solo?

—Siempre solo.

—¿Estás seguro?

—Mamá, estoy tan seguro de lo que te digo que hoy hice un reporte más exacto para saber cuál era la persona que entró y no salió.

—¿Y?

—Fue una mujer.

Sergio le mostró su libreta.

—"7:02 pm. Mujer, pelo castaño, blusa negra, falda negra".

—¿No te habrás equivocado hijo? Si iba vestida toda de negro tal vez no la viste salir. Recuerda que era de noche. Además, considera que sale todo el grupo junto y…

—¡No, mamá! —La interrumpió Sergio con gran seguridad en sus palabras—. Esa mujer nunca salió del local. No por la puerta principal.

—Lo que sugieres es muy serio, hijo.

—Lo sé. Y hay algo más.

—¿Qué cosa?

—He revisado en Internet acerca de esta charla de los miércoles a las siete de la noche.

—¿Qué encontraste?

Sergio le mostró la pantalla de su computadora.

—Mira cuál es el tema. Léelo tú misma.

La madre leyó en voz alta:

—Psicología Forense. Causas de la Conducta Criminal.

Sergio la miraba a los ojos, esperando su reacción. Ella también lo miró y pudo comprobar que cualquier síntoma de depresión en la actitud de su hijo había desaparecido, al menos por el momento. Se preguntaba si Sergio había encontrado el caso que lo ayudaría a superar su enfermedad.

La madre fue la primera en hablar.

—Te propongo algo.

—¿Qué cosa, mamá?

—El próximo miércoles vendré a tu habitación minutos antes de las siete para hacer el conteo juntos. Saldremos de dudas.

—Me parece perfecto.

—Ahora quiero descansar. Suficientes emociones por un día.

En los siguientes días, la depresión se transformó en ansiedad. Era un hombre nuevo. Esperaba que llegue el miércoles lleno de ese repentino entusiasmo que ahora caracterizaba su vida.

El martes en la mañana Sergio se encontraba frente a su escritorio. Miraba detenidamente su libreta, el lapicero y los binoculares recién

comprados en internet.

"Esto no es suficiente", pensó. "He dedicado tres semanas en comprobar mi teoría. ¿Qué ganaré si lo confirmo una vez más? ¡Perdería una semana!"

Instintivamente, se abalanzó sobre su computadora. Ingresó a la página del centro cultural.

—"Psicología Forense. Causas de la Conducta Criminal. Registrarse".

Había llegado la hora de ver lo que sucedía desde adentro. La hora de abandonar su habitación.

El día miércoles, minutos antes de las siete, la madre de Sergio llegó a buscarlo. Era la primera vez en los últimos diez meses que no pudo encontrarlo.

Sergio se encontraba dentro de la pequeña sala de conferencias, sentado en uno de los asientos de la última fila.

Había ingresado a la sala junto con el expositor, a quien pudo reconocer rápidamente. Era el mismo de los últimos tres miércoles.

Mientras llegaban los demás, Sergio se dedicaba a anotar en su libreta la relación de personas que iban ingresando a la sala. Se sintió extraño haciendo el mismo trabajo de las últimas tres semanas, pero esta vez dentro de la sala. La situación lo motivaba mucho, pero lo inquietaba aún más.

La charla comenzó.

Sergio revisaba su lista. Le sorprendió un detalle. Sólo había una mujer. Eso facilitaría las cosas.

Diez minutos después, mientras Sergio repasaba su lista, se abrió la puerta de la sala. Era una joven de unos veinticinco años. No había muchos asientos disponibles. Tuvo que caminar hacia la parte de atrás de la sala. Se sentó junto a Sergio y habló en voz baja.

—¿Me perdí de algo bueno?

—No —mintió Sergio, que no tenía idea de lo que el expositor estaba hablando. Sólo pensaba en la forma en que cuidaría a las dos mujeres en la sala.

—Soy Vanessa —insistió la joven—. ¿Puedo ver tus apuntes?

—No he anotado nada aún —volvió a mentir Sergio mientras cerraba su libreta.

La exposición transcurrió sin problemas. El expositor habló durante

casi una hora. Hubo preguntas de los asistentes y al final, aplausos para el expositor.

Terminada la charla, los asistentes empezaron a retirarse. Sergio no quitaba la mirada de la puerta y marcaba en su libreta a todas las personas que iban abandonando la sala. Se dio cuenta de que no tenía sentido lo que hacía.

"¡Ya estoy acá!", pensó. "Lo que necesito es estar atento".

Su nerviosismo aumentaba. Pudo confirmar que una de las mujeres abandonaba la sala sin problemas.

Dos minutos después, solo quedaban en la sala cinco personas, entre ellas Vanessa y el expositor. Sergio no quería moverse de su asiento. No dejaría sola a Vanessa con un posible asesino.

—Señores, vayan saliendo por favor. Necesito cerrar la sala —dijo el expositor, invitando a todos a retirarse.

"Vamos Vanessa, sal rápido", pensó Sergio, aún en su asiento.

Vanessa no se movía.

—¡Vamos señores! Hemos terminado —insistió el expositor.

Todos se levantaron de sus asientos y se dirigieron hacia la puerta. Sergio avanzaba a paso lento. No quería abandonar la sala antes que Vanessa. Caminaba unos metros detrás de ella.

Vanessa aceleró el paso, se despidió del expositor y salió de la sala. Sergio respiró.

"Salvada", pensó. Se sintió aliviado.

Al ver que Vanessa abandonaba el local, decidió salir.

De pronto se dio cuenta de su situación. Hasta el momento no se había percatado de que él también corría peligro. Decidió acelerar el paso para abandonar la sala.

Fue tarde.

Estando a pocos metros de la puerta, el expositor logró alcanzarlo. Sergio sintió una mano en su hombro derecho. Palideció y quedó inmóvil sin saber qué hacer.

"Es mi fin".

Tomó un fuerte impulso y volteó violentamente.

—No te asustes —dijo el expositor—. Espero verte el próximo miércoles.

Sergio estaba confundido. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

“¿Habrá sido todo producto de mi imaginación?”

En pocos segundos la ansiedad desapareció y regresaron las dudas, los miedos, los diez meses en su habitación. Lo que lo había mantenido vivo durante las últimas tres semanas se desvanecía frente a él. Era testigo privilegiando de un nuevo inicio de su fin.

Vio la imagen de sus padres e imaginó las caras de decepción y eterna preocupación. No podía permitirlo.

Dio media vuelta y se abalanzó sobre el expositor. Lo empujó violentamente hacia la pared, como si hubiese estado acumulando toda esa fuerza durante los diez meses de aislamiento.

El expositor no tuvo tiempo de reaccionar y cayó al suelo. Al tratar de levantarse, Sergio lo golpeó nuevamente, con un salvajismo aún mayor. Repitió los mismos golpes varias veces. Finalmente, estrelló la cabeza del expositor contra la pared solo para estar seguro de que no se levantaría nunca más.

Recogió su libreta y caminó lentamente hacia la puerta de la sala. Pensaba en lo difícil que serían sus miércoles a partir de ahora. El reto era mayor.

Al salir, miró hacia su casa. Pudo ver a su madre mirándolo por la ventana.

Ambos abrieron sus libretas e hicieron una última anotación.

Sergio cerró la puerta de la sala.

Se miraron nuevamente, pensando lo mismo.

“Uno menos”.

El ladrón

El hombre bajó de un auto negro con lunas oscuras y se dirigió, haciendo el menor ruido posible, a la puerta trasera de la casa. Sólo necesitó forcejear por unos segundos la cerradura para poder ingresar. Lo que no imaginaba, sin embargo, era que alguien lo esperaba.

Rogelio Medina había notado la presencia del hombre desde que este descendió del vehículo, observándolo desde una ventana del segundo piso de la casa. Tuvo tiempo suficiente para encontrar un palo de golf que alguien había dejado en el piso del cuarto principal y ubicarse en un lugar estratégico desde donde pudiese darle un buen golpe al hombre que acababa de irrumpir en la casa. Esperaba el momento adecuado. Su respiración se hacía cada vez más fuerte, al punto que temía ser oído por el hombre. A pesar de estar muy nervioso, sabía que no tenía otra opción; debía proteger y cuidar a su familia.

Minutos después apareció la sombra del hombre acercándose más. Empuñó con fuerza el palo de golf y volcó toda su furia con golpes en la cabeza, hasta matarlo.

Al ver el cuerpo inerte y ensangrentado, no supo qué hacer. Rogelio era un ladrón, no un asesino.

Cogió su costal con las cosas que hasta ese momento había recolectado y salió corriendo de la casa del hombre, con rumbo desconocido.

Muerte en el bar

El detective de la policía, Carlos Pizarro, lanzó hacia su joven colega una mirada de insatisfacción.

—Fernando, creo que no has entendido. Necesito un caso que me permita retirarme por todo lo alto, que trascienda, que evite que yo sea olvidado incluso después de mi retiro.

—¡Pero si ya tengo el caso! —aseguró eufórico Fernando Castillo.

—¿Un tipo muerto en un bar a causa de un infarto? ¿Ese es tu gran caso? ¡Debes estar bromeando!

—Carlos, hay algo extraño en esto.

—¡No hay nada extraño! El tipo era gerente de un banco. Altos niveles de estrés, mala alimentación, poco ejercicio, en resumen, lo de siempre. El hombre tomó unos tragos y colapsó. Simple.

Fernando revisó sus apuntes antes de responder.

—Analiza los hechos. Este bar fue inaugurado el sábado pasado. Ese mismo día, durante la inauguración, este hombre sufre un infarto y muere. Dime, ¿no te parece demasiada coincidencia? ¿Cuántos casos conoces de infartados durante la inauguración de un bar?

—¿Cuál es tu sospecha? ¿Crees que fue un asesinato?

—Es probable. Tú sabes bien cuántos bares son la excusa perfecta para lavado de dinero o encuentros de narcos…

Carlos lo interrumpió.

—¿Crees que el gerente del banco integraba una red de narcotraficantes lavadores de dinero? —preguntó en tono sarcástico.

—Por supuesto que no. Pero…

—Si estás tan seguro de que ese bar tiene algo especial, ¿por qué no ha habido ninguna otra víctima en los siguientes cinco días?

—El bar solo abre los sábados.

—Sinceramente, no me convences.

—Tengo un presentimiento. Dame el beneficio de la duda. Te propongo algo: vamos al bar este sábado a tomarnos unos tragos. Si todo está en orden, al menos servirá para que te relajes.

Carlos lo miró con disgusto.

—Acepto. Pero tú pagas.

******

El bar abrió sus puertas por segunda vez. Carlos llegó temprano y se ubicó en una de las mesas con vista a la calle. Esperaba ser atendido por alguna mesera. Cinco minutos después se dio cuenta de que no había ninguna.

—¿Qué haces ahí sentado? —preguntó Fernando, que acababa de llegar.

—¡Esperando que me atiendan!

El joven oficial sonrió.

—Nadie va a atenderte. Debes acercarte a la barra y pedir un trago.

Carlos miró hacia la barra. Confirmó lo dicho por Fernando. Tres bellas jóvenes se encargaban de elaborar los tragos con gran velocidad mientras realizaban innumerables malabares con las botellas, vasos y copas.

—¡Cuatro! —gritó la rubia, que parecía la más experimentada.

—¡Cinco! —gritó seguidamente la más alta, de cabello negro y ojos grandes.

—¿Por qué gritan todos esos números? —preguntó Carlos sorprendido.

—Es parte del atractivo de este bar —respondió Fernando—. Las chicas van enumerando los tragos que van sirviendo.

—Pero… ¿a quién le puede interesar esa información? —preguntó escéptico Carlos.

—Al parecer les ayuda a vender más.

—¿Cómo así?

—El hecho de estar mencionando los números lo convierte en algo competitivo. Como si todos los presentes compartiéramos un objetivo común y quisiéramos participar y escuchar nuestro propio número. El objetivo es que cada sábado se rompa el récord anterior.

—¿Cómo diablos sabes todo eso?

—Investigué un poco. Te dije que tengo un presentimiento sobre este bar.

—¡Ocho! —gritó una de las jóvenes.

—¡Nueve! —gritó la rubia.

Carlos empezaba a disfrutar el momento.

—Por curiosidad, ¿averiguaste cuántos tragos sirvieron el sábado pasado?

—Según un par de clientes que se quedaron hasta muy tarde, aproximadamente se llegó al número 750.

Carlos se mostró sorprendido.

—¿Cómo ubicaste a esos clientes?

—Pude ubicar a todos los que solicitaron factura al pagar.

—Eres hábil, Fernando. Buen trabajo. Serás un gran reemplazo cuando me retire.

—No me felicites hasta que encuentre tu caso.

Carlos sonrió.

La estaban pasando bien, por lo que decidieron pasar la noche en el bar. A las once y quince de la noche, sin embargo, todo cambió. Escucharon el grito de una mujer. Ambos se levantaron rápidamente de sus asientos y mientras se acercaban a ella abriéndose paso entre los asistentes, vieron a su lado un hombre tendido en el suelo. Fernando llegó primero.

—Está muerto —dijo.

—¿Qué diablos está pasando acá?

Fernando demoró en responder.

—Ya puedes felicitarme.

Treinta minutos después llegó la ambulancia y se llevó el cuerpo.

—¡Fernando, entra en la ambulancia! ¡Que nadie te vea! —ordenó Carlos—. Yo me quedo. Es necesario mantener vigilado este bar. Debemos estar atentos a los detalles.

A pesar de la tragedia ocurrida, el bar seguía funcionando. En la siguiente hora, Carlos recorrió todo el bar. No encontró nada fuera de lo normal. Ninguna actitud sospechosa. A la una y quince de la mañana Fernando regresó al bar y confirmó la causa de la muerte: paro cardíaco.

—¡Diablos! —gritó furioso Carlos—. ¡Otro infarto en nuestras narices!

—¿Qué hacemos?

—Apurar la autopsia.

—Olvídalo, los familiares no van a permitir que se realice.

—Lo imaginaba.

Ambos se miraban. Fue finalmente Fernando quien rompió el incómodo silencio.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—¡Dos tragos más! —gritó Carlos.

Permanecieron en el bar con una mirada atenta a todos los detalles. Ambos miraban detenidamente a los clientes, a las jóvenes de la barra y al personal de seguridad.

Todo transcurrió con normalidad hasta las dos de la mañana, hora en que se escuchó otro grito pidiendo ayuda. Esta vez, la persona tendida en el suelo era una mujer.

Ambos repitieron el mismo procedimiento realizado tres horas antes. Esta vez, sin embargo, ninguno de ellos subió a la ambulancia. Sabían que se trataba de otro paro cardíaco.

A las tres de la mañana cerró el bar. Mientras abandonaban el local, Fernando se dirigió a Carlos.

—Debemos resolver este caso antes del próximo sábado.

—Lo resolveremos el lunes temprano —dijo Carlos.

Fernando se sorprendió por la respuesta. No quiso decir nada. Estaba muy cansado.

"Necesito dormir", pensó.

******

El lunes en la mañana, Carlos llamó a Fernando a su oficina.

—¿Necesitas algo?

—Sí, Fernando. Necesitamos resolver el caso hoy mismo, antes de que mueran más personas. Tú vas a ayudarme.

—¿Cómo podría ayudarte?

—Respondiendo todas mis preguntas. Tú estuviste una semana investigando ese bar. Estoy seguro de que la respuesta está dentro de toda la información que has levantado.

—No creo que tengamos nada, Carlos.

—Eso lo veremos.

—Comencemos —dijo Fernando mientras se sentaba en un cómodo

sillón de la oficina.

Carlos lanzó la primera pregunta.

—¿Se llegó a hacer la autopsia?

—No. Los familiares se negaron y nadie ve nada sospechoso. Todos creen que se trata de una mortal combinación de tragos. ¿Has probado el Red Bull? Dicen que al mezclarlo con el alcohol…

—Fernando, las preguntas las hago yo —interrumpió enérgico Carlos—. Olvídate del Red Bull.

—Está bien.

—Tenemos un muerto en el primer sábado y dos muertos en el segundo sábado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Qué razón podría haber para eso?

Fernando se quedó pensando.

—¡El segundo sábado hubo el doble de gente! —dijo finalmente.

—¡Exacto! —gritó Carlos—. El doble de gente, el doble de muertos.

—De acuerdo. ¿Pero eso a qué nos lleva? —preguntó confundido el joven oficial.

—Este bar tiene algo especial. Tú mismo lo dijiste. Algo llamó tu atención. En resumen, ¿qué tiene este bar de diferente a los demás?

—¡Los tragos se contabilizan!

—Correcto. ¿Con qué objetivo?

—Para que los clientes pidan más tragos y…

—¡Tonterías! —gritó Carlos. ¡Debe haber algo más!

Continuó con las preguntas.

—¿Cuántos tragos se vendieron el primer sábado?

—750 —respondió rápidamente Fernando.

—¿Cuántos tragos se vendieron el segundo sábado?

—Aproximadamente 1,200.

—¿A qué hora escuchamos el primer grito pidiendo ayuda?

—A las once y quince de la noche.

Carlos tomaba nota de toda la conversación. Seguía preguntando.

—¿A qué hora escuchamos el segundo grito?

—A las dos de la mañana.

Carlos arrancó una hoja de papel de su cuaderno.

—¿Qué número de trago se servía a las once y quince de la noche?

Fernando revisó sus apuntes.

—Aproximadamente el número 550.

—¿Qué número de trago se servía a las dos de la mañana?

—El número 1,100.

Carlos miró a Fernando, sonriendo.

—¿Un muerto cada 500 tragos? —preguntó Fernando.

—¡Una ruleta rusa! —gritó Carlos mientras se levantaba de su asiento—. ¡Las tengo!

Fernando no entendía nada.

—¿A quién tienes? —preguntó confundido.

—¡A las asesinas! —dijo Carlos con voz de triunfo—. Y lo mejor de todo es que ya tengo el caso que necesitaba.

******

El sábado en la noche, Carlos y Fernando se dirigieron al bar. Su intención era llegar una hora antes de que este abriera. Habían conseguido una orden que les permitiese ingresar e incluso forzar algunas puertas de ser necesario.

Durante el camino, Fernando empezó a hacer las preguntas. Estaba molesto debido a que Carlos no le había dado más explicaciones. No habían hablado sobre el caso en toda la semana.

—No entiendo por qué has esperado hasta hoy para intervenir este bar.

—¿Cuál es el apuro? Las muertes ocurren solamente mientras el bar está funcionando.

—Bueno, tienes razón. ¿Podrías decirme al menos qué es lo que vas a hacer? ¿Vas a arrestarlas?

—No tengo ninguna prueba.

—¿Entonces?

Carlos no respondió.

—¿A qué te referías con eso de la ruleta rusa? —preguntó Fernando.

—¿No sabes qué es la ruleta rusa?

—Poner una bala en un revólver e ir disparándolo hasta que a alguien le toca la bala.

—Exacto. Ahora, lleva ese mismo juego a la preparación de tragos en un bar. Pon el veneno en uno de cada 500 tragos.

—¡Diablos! ¿Por eso contabilizaban los tragos gritando en voz alta?

—Exacto.

—Y supongo que ponían la cantidad de veneno precisa para provocar un paro cardíaco en los siguientes minutos.

—Correcto.

—Pero… ¿con qué objetivo? ¿Qué ganaban?

—No lo sé. Lo más probable es que sea un nuevo juego macabro que practican las nuevas generaciones. Creo que solo buscan divertirse dentro de un entorno de mentes enfermas.

—¡Han matado a tres personas inocentes! ¡Sin ningún tipo de escrúpulos! ¿Qué piensas hacer?

—Detenerlas.

—¿Cómo lo harás sin tener pruebas?

—No lo sé, pero ninguna persona que esté dispuesta a jugar un juego como ese merece estar libre. Creo que ni siquiera merecen estar en este mundo.

Llegaron al bar. Carlos no se molestó en tocar la puerta, necesitó tres patadas para derribar la puerta lateral. Al ingresar solo se encontraban los trabajadores.

—¡Salgan todos, menos esas tres! —gritó Carlos señalando a las hermosas jóvenes.

Rápidamente salieron todos. Solo quedaron los dos policías y las tres mujeres que trabajaban en la barra. La rubia fue quien rompió el silencio.

—¿Con qué derecho ingresar al bar de esa manera?

—¡Cállese! —ordenó Carlos—. Tengo una orden así que puedo hacer lo que quiera.

Todas mantuvieron silencio. Carlos continuó hablando.

—Quiero solucionar esto rápido. Sabemos que ustedes causaron los infartos...

—¿Nosotras? —interrumpió la joven de ojos grandes—. ¡Es ridículo! ¿Cómo podríamos causar un infarto?

—Colocando veneno en uno de cada 500 tragos.

Las tres quedaron paralizadas por un momento. Se miraron entre ellas. Ninguna se atrevió a hablar. Carlos continuó.

—Jamás entenderé cuáles fueron sus motivaciones. Tampoco me interesa. Me pagan para resolver casos y eso es lo que voy a hacer.

—¡No tienes pruebas! —gritó la rubia que parecía ser la líder del grupo.

—Por supuesto que tengo pruebas. Ya tenemos los resultados de la autopsia —mintió Carlos, y señalando una de las mesas del bar, ordenó:

—¡Siéntense las tres ahí!

—Las tres hicieron caso.

—Fernando, vigílalas.

Fernando les mostró su arma y se mantuvo de pie a pocos metros de la mesa. Carlos ingresó a la barra. Tres minutos después apareció con una fuente con cuatro copas, la puso sobre la mesa y se sentó con las tres jóvenes.

—Les voy a dar dos opciones. La primera es llevarlas detenidas a las tres. Les darán 25 años.

—¿Cuál es la otra opción? —preguntó la rubia, que ya se sentía derrotada.

—En esta fuente hay cuatro copas con un delicioso champagne francés que encontré en la barra. Dos de ellas contienen un veneno mortal, mucho más potente que el que ustedes utilizan.

Fernando intervino.

—Carlos, ¿estás hablando en serio?

El experimentado policía no le hizo caso y siguió hablando.

—Ustedes deciden. Las llevo detenidas a las tres para que cumplan 25 años en prisión o jugamos el juego que ustedes me enseñaron: la ruleta rusa.

Carlos miraba a las tres con rostro de satisfacción. Disfrutaba el momento. Las jóvenes discutían en voz baja.

—Para que ven que no hay trucos, yo participaré también y escogeré último.

Fernando volvió a interrumpirlo.

—¡Estás loco! ¡Deja ya este juego! Llevémoslas detenidas y que la fiscalía se encargue.

Carlos lo ignoró.

—¡Vamos chicas! Necesito una respuesta.

—Aceptamos —dijo finalmente la rubia—. ¿Cómo podemos estar seguras de que respetarán lo acordado?

—Somos hombres de palabra. Mi colega respetará lo que yo decida.

Fernando trató de acercarse a Carlos, pero este lo detuvo con su mirada.

—Adelante —dijo Carlos mientras miraba a las tres jóvenes.

Cada una cogió una copa.

Carlos sonrió y levantó la última copa que quedaba. Miró a su joven colega y le guiñó un ojo.

Fernando respiró hondo.

—¡Todos a la misma vez! —ordenó Carlos.

Los cuatro bebieron, dejando las copas vacías. Se miraban nerviosos. Minutos después la joven de ojos grandes lanzó un grito desgarrador. Se tomó el vientre, después la garganta y finalmente cayó al suelo.

"Una menos", pensó Fernando, aún preocupado y nervioso. Carlos miraba fijamente a la rubia, esperando alguna reacción. Sin embargo, fue la otra, la que parecía la más joven, la que lanzó el grito. Cayó violentamente, mientras Fernando y la rubia daban un grito de alegría.

—¡Lo logré! —gritó la rubia.

—¡Bien hecho, Carlos! —agregó Fernando.

La rubia se paró de su asiento y se acercó a la puerta del bar. Fernando quiso ir tras ella, pero Carlos le ordenó que se detuviera.

—Fue un gusto conocerlos —dijo la rubia. Antes de llegar a la puerta, empezó a toser. Se tomó el vientre y cayó al suelo. Se mantuvo ahí, respirando con dificultad por escasos segundos. Antes de morir, le lanzó a Carlos una mirada de odio.

—¿Cómo diablos lo lograste? —preguntó Fernando mientras volteaba a ver a su colega.

Carlos no respondió. Tirado en el suelo, convulsionaba.

Fernando se acercó a él.

—¿Qué hiciste, Carlos? ¿Por qué?

—Era la única forma —dijo con mucha dificultad—Necesitaba detenerlas, pero con un final que trascienda, que evite que yo sea olvidado. Encontraste el caso perfecto. Serás tú finalmente quien cuente la historia.

Fernando no dijo nada. Se limitó a abrazarlo. Carlos hizo un esfuerzo para lanzar sus últimas preguntas.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de entrar al bar? ¿Lo último que te dije?

Fernando recordó: "Ninguna persona que esté dispuesta a jugar un juego como ese merece estar libre. Creo que ni siquiera merecen estar en este mundo".

Carlos sonrió.

El descuartizador II

El seguimiento al descuartizador de la ciudad de Ica continuaba a pesar del último fracaso por parte de la policía local. Nadie sabía en realidad qué era exactamente lo que había sucedido con el oficial Mayta, pero debido al desenlace del último operativo, la policía estaba convencida de que el descuartizador era una persona muy astuta. Era posible que estuviese trabajando con un cómplice. Mayta era uno de los oficiales más experimentados y todos dudaban de que hubiese sido sorprendido por un solo hombre.

Todos los oficiales, repartidos en los parques de la ciudad, tenían órdenes muy claras: si alguno llegaba a ver al sospechoso con su costal de yute, debían avisar a los demás oficiales y por ningún motivo tratar de atraparlo sin apoyo.

La policía había consultado con psicólogos especializados en criminología y varios habían coincidido en que, además de ser un psicópata, el descuartizador realizaba sus asesinatos con un afán de figuración. Su motivación principal era la de retar a la policía y acaparar la atención de la prensa. Esta información hizo pensar a los altos mandos que era muy probable que el asesino volviera a intentar dejar un cuerpo descuartizado en el mismo lugar donde lo hizo la última vez, es decir, en el parque principal de la ciudad de Ica; gracias a estas conclusiones la policía decidió que el oficial que se encargaría de custodiar el parque central sería Filomeno Palacios, quien era sin duda el oficial más experimentado de todo el departamento de Ica. El único problema en su designación era que la información llegó a filtrarse a la prensa, y eso significaba que era posible que el asesino supiera quién lo esperaba y, por lo tanto, con quién se enfrentaría.

Palacios tenía una esposa y dos pequeños hijos, y temía por ellos.

Sus superiores le aseguraron que los tres tendrían una protección especial mientras durara el seguimiento y se disculparon con él por el modo en que la información había llegado a los principales periódicos del país.

Eran las tres y cuarto de la madrugada y Filomeno Palacios se encontraba en el mismo escondite desde donde el oficial Mayta había observado la llegada del asesino la semana anterior. La noche era igual de oscura y el parque igual de desierto cuando sintió unos pasos acercándose.

Vio a un hombre que se acercaba lentamente desde el extremo opuesto hacia el centro del parque. Arrastraba con gran dificultad un costal de yute. Palacios estaba seguro de que era el asesino y trataba de contener las ganas de dar un salto y correr para atraparlo, pero las órdenes habían sido muy claras. Usó la radio para pedir refuerzos mientras veía cómo el sujeto dejaba el costal de yute y se retiraba lentamente. Un minuto después lo perdía totalmente de vista.

Cinco minutos más tarde llegaron los refuerzos. Palacios salió de su escondite y se unió a los demás, quienes desenfundaron sus armas y se acercaron lentamente al costal. Palacios sudaba frío, tenía un mal presentimiento sobre lo que encontraría dentro. Perdió la paciencia y se abalanzó hacia el costal de un salto, lo abrió y cuarenta kilos de papas rodaron por el parque a medida que el oficial Palacios levantaba la base del costal. Vació todo su contenido sólo para asegurarse de que no había nada más adentro.

—¡Una maldita broma! —gritó furioso el oficial—. ¡Malditos bromistas!

—Pero… ¿quién pudo haber hecho una broma tan estúpida, arriesgándose tanto? —preguntó extrañado uno de los oficiales novatos.

—Siempre hay gente dispuesta a hacer estupideces como esta —respondió molesto Palacios.

—¡Todos, vuelvan a sus puestos! —gritó Palacios mientras recibía un mensaje de urgencia por la radio. Volteó hacia sus hombres.

—Hemos recibido la llamada de un vecino del parque Santa Rosa. Nos informa que han dejado un costal de yute en el centro del parque. ¡Todos vayan al Parque Santa Rosa inmediatamente! —dijo la voz que provenía desde la central de la policía.

“Esto es una vergüenza”, pensó Palacios sintiéndose cada vez peor. “El truco más antiguo, y he caído como un novato”.

—¡Maldita sea! —gritó enfurecido el oficial—. ¡Todos al parque

Santa Rosa! ¡El cuerpo descuartizado está ahí! ¡Muévanse! —volvió a gritar mientras se arrodillaba a analizar el costal que había quedado vacío en el suelo.

Los oficiales subieron a sus vehículos y llegaron en tres minutos al parque donde se encontraba el costal. Se acercaron lentamente, del mismo modo en que lo habían hecho hacía unos minutos en el parque principal. Rápidamente lo abrieron y encontraron cuarenta kilos de papas en su interior.

—¡Diablos! —dijo uno de los oficiales—. Ahora sí que no entiendo nada. ¿Qué clase de broma es esta, oficial Palacios?

Pero Palacios no se encontraba entre ellos.

******

—Creo que he ganado una vez más, oficial Palacios —dijo el descuartizador con un cuchillo en la mano mientras lo sujetaba del cuello en el parque principal de la ciudad de Ica.

Palacios trató de soltarse. Era demasiado tarde. Minutos después volvían los oficiales y encontraban por cuarta vez un costal de yute que contenía un cuerpo descuartizado, esta vez, con una gran cantidad de papas alrededor.

La otra

El despertador sonó a las once de la mañana y sacó a Laura del sueño. Renato, su esposo desde hacía exactamente un año, siempre reía de esa extraña costumbre: programar el despertador para que suene los domingos a las once de la mañana. “Si te vas a despertar tan tarde, no necesitas programar el despertador” le decía constantemente. “La verdad es que soy muy floja, pero jamás me perdonaría perderme toda una mañana por estar durmiendo” respondía ella con una sonrisa coqueta.

Después de estirarse, se levantó y abrió las cortinas del cuarto. La luz que ingresó la animó. Renato había salido temprano a trabajar. Laura se preguntaba si los comandantes de la policía descansaban algún día. Ya iban tres domingos sin poder estar con su esposo. Al ser este un día especial, la nostalgia era más abrumadora. Desde la muerte de sus padres ocurrida meses atrás, Renato se había convertido en su único apoyo. Decidió bajar a la cocina a prepararse un jugo de naranja. Aprovechando que ese día no había servidumbre y hacía mucho calor, bajó en ropa interior. Le agradaba esa sensación de libertad. La casa era grande. Había que caminar varios metros para llegar a la cocina. Mientras exprimía las naranjas, Laura se contemplaba en el espejo. Sin llegar a ser una belleza, era una mujer atractiva. De apenas veinticinco años, con el pelo castaño oscuro y ojos negros de mirada expresiva, era consciente de que su mayor atractivo físico era su cuerpo, en especial las piernas largas muy bien formadas gracias a la práctica del ballet.

Tomaba el último sorbo del jugo recién preparado cuando sonó el timbre. Laura se acercó al intercomunicador.

—¿Quién es?

—¡Feliz Aniversario! Soy yo, Patty. ¡Abre rápido que estoy sin auto!

Patricia Montes era amiga de Laura desde los seis años. Habían

estudiado juntas no sólo en el colegio, sino también en la universidad. Laura la admiraba, no por su inteligencia, sino por su belleza. Patty era verdaderamente una mujer hermosa. El pelo rubio, los ojos verdes, las finas facciones y el cuerpo casi perfecto, convertían a su mejor amiga en la envidia de todas las mujeres y en el deseo de todos los hombres.

—Dame cinco minutos que voy a cambiarme —dijo Laura.

—¡No jodas, Laura! —gritó Patty—. ¡Abre rápido que he venido sin auto! ¡No voy a esperar cinco minutos acá parada!

—Es que estoy en ropa interior —explicó.

—¡Qué importa! Acá afuera no hay nadie —mintió Patty.

Laura abrió la puerta principal dirigiéndose a la reja donde se encontraba su amiga. Un jardín de casi veinte metros separaba ambas puertas. Cuando Laura hubo recorrido la mitad del camino se dio cuenta de que la calle no estaba vacía y sintió cómo su rostro enrojecía de la vergüenza. A su vez vio cómo Patty no podía detener la risa.

Al llegar al final del jardín abrió la reja ante la atenta mirada de una docena de personas.

—¡Maldita! Me engañaste. ¡Qué vergüenza! Todos me están mirando —dijo Laura sin poder disimular la risa.

—Sí, es verdad. Pero si quieres lo soluciono —respondió Patty.

En un par de segundos y ante la atónita mirada de Laura, Patty se quitó el sexy vestido verde que llevaba puesto, quedándose en ropa interior. Las miradas de la docena de espectadores se dirigieron al casi perfecto cuerpo de Patty quien comenzaba a correr junto con Laura hacia la puerta principal de la casa. Mientras corrían, ambas reían casi hasta las lágrimas. Al llegar cerraron la puerta. Las risas continuaban.

—¡Sigues tan loca como siempre! —gritó feliz Laura.

—Es verdad —confirmó Patty riéndose.

Prepararon café y se sentaron en la sala a conversar. Después de unos minutos, Patty notó algo extraño en el comportamiento de Laura.

—Laura, ¿qué es lo que te pasa? —inquirió preocupada.

—No es nada importante. Prefiero que no te enteres.

—¡Vamos, Laura! —la animó —. Confía en la discreción de tu mejor amiga.

—Voy a ser sincera contigo. Creo que Renato me engaña con otra mujer.

—¡Qué! ¿Por qué crees eso?

—Una mujer siempre se da cuenta de esas cosas, Patty. Estoy casi segura.

Patty se quedó callada sin saber qué decir. Veía las lágrimas que salían de los bellos ojos negros de Laura y la abrazó.

—Tranquila —le dijo tratando de calmarla.

Laura bebió un par de sorbos de su café y siguió hablando.

—Creo que se casó conmigo solo por mi dinero y...

—¡No digas eso! —interrumpió Patty.

—Es verdad. Ha cambiado mucho.

Las dos se miraban con resignación. Laura no quería decir nada más. Patty fue la que habló.

—Escúchame bien, Laura. Pienso que tú no estás segura de lo que dices. Sólo son sospechas. Te voy a dar un consejo. Contrata a alguien para que lo siga y averigüe la verdad. Un detective.

—¿Tú crees que eso dé resultado? —preguntó Laura—. Recuerda que él es comandante de la policía. ¿Quién aceptaría un caso así? Los detectives son muy valientes hasta que se cruzan con un policía o un militar. Ese tipo de casos no les gustan.

—Tienes razón —dijo Patty—. Pero creo que tengo la solución. ¿Te acuerdas de Manuel?

—¡Por supuesto que me acuerdo de ese imbécil! Si te engañó con una bailarina.

—Exacto, pero yo nunca te conté cómo lo descubrí. Contraté a una detective. Ella lo estuvo siguiendo durante tres días y en ese lapso pudo conseguir pruebas del engaño. Pienso que una mujer levanta menos sospechas que un hombre. Nadie sospecha de una mujer. Y no cobra muy caro. Bueno, en tu caso el dinero no es problema.

—¡No es mala idea! —exclamó Laura. Dame su nombre y su teléfono. Voy a llamarla.

—Si quieres vamos juntas —sugirió Patty.

—Perfecto —dijo Laura—. Voy a subir a ponerme algo de ropa. Y vístete tú también. Si fuera un detective hombre te llevaría así como estás para que nos dé un buen descuento.

Ambas rieron.

Patty caminaba hacia el mueble donde se encontraba su vestido, cuando oyó que la puerta principal se abría. Volteó y vio a Renato quien la miraba sorprendido.

Renato era bastante alto y de contextura gruesa. Tenía treinta años, y desde hacía diez pertenecía a la policía. Había ascendido de forma rápida gracias a la influencia que tenían los padres de Laura.

—Qué sorpresa —dijo Renato sin mostrar la menor emoción. Parecía molesto.

—Hola Renato —dijo Patty mientras trataba de cubrir su hermoso cuerpo con el pequeño vestido—. Disculpa, pero hacía mucho calor.

—No te preocupes. Ya el vecino me ha contado todos los detalles sobre el espectáculo que han dado en el jardín tú y Laura esta mañana.

—No te molestes con ella. Fue mi culpa. Llegué de improviso y....

—No me expliques nada —interrumpió Renato—. Siempre es tu culpa —. No dijo nada más y se dirigió molesto al segundo piso. Renato siempre le decía a Laura que Patty era una mala influencia para ella. Cinco minutos después Laura bajaba a reunirse con Patty y salían de la casa para ir a visitar a la detective.

La detective Jenny Carter había nacido en Canadá pero había vivido en el Perú desde que tenía cinco años. No aparentaba los cuarenta años que tenía. El buen estado físico que requería para desempeñar de forma eficiente su profesión, acompañado de sus ojos azules y pelo rubio, la convertían en una mujer muy atractiva. Nadie pensaría al verla que era una detective. Según ella, su aspecto físico era clave para el éxito de sus casos, pues podía realizar seguimientos muy cerca del objetivo sin levantar sospechas.

—Todo me ha quedado muy claro —dijo la detective—. Lo seguiré por tres días y prepararé un informe.

—Perfecto —dijo Laura sentada junto a Patty frente al escritorio de la detective—. Espero que la información que le he facilitado sobre mi esposo sea suficiente.

—Sí lo es —aseguró la detective.

—Sólo una cosa más —dijo Patty—. No nos interesa ver fotografías ni videos. Queremos verlo nosotras mismas en el momento en que esté con la otra mujer.

—Es verdad —aseguró Laura. La idea es que usted nos avise en dónde se encuentra para poder sorprenderlo cuando menos se lo espere.

—Así lo haremos —dijo Carter.

Laura y Patty salieron de la oficina de la detective conformes con lo que habían visto. Carter inspiraba confianza. Contratarla había sido la

decisión correcta.

Dos días después y mientras almorzaban, Renato le decía a su esposa que esa noche tendría mucho trabajo y que llegaría a casa después de las diez. A las siete de la noche del mismo día, el teléfono de Laura empezó a sonar.

—¿Aló? ¿Quién habla?

—Soy la detective Carter —dijo casi susurrando. Ya lo tengo. Su esposo ha alquilado un pequeño yate que está anclado junto al muelle de la playa Chorrillos. Se encuentra ahí adentro, con su amante.

—¡No puede ser! —gritó enfurecida Laura—. Voy para allá. Quiero confirmarlo personalmente. Con esto tendrá que darme el divorcio.

—Laura, el lugar es oscuro y está bastante solitario, pero no te preocupes que yo estaré acá para apoyarte —le aseguró Carter.

—Voy para allá.

Laura abrió uno de los cajones de su armario y sacó un revólver que su esposo le había dado para su protección. Se aseguró de que estuviese cargado y lo guardó en su cartera. Llamó por teléfono al celular de Patty, pero estaba apagado.

"No importa", pensó. "Para apretar este gatillo se requiere solo de una persona".

Laura llegó al muelle. No se veía a ninguna persona en todo el lugar.

"Perfecto", pensó. Bajó del auto y se acercó lentamente. Podía distinguir claramente el yate anclado. Le dio el alcance a la detective.

—¡Vamos Laura! —la animó—. Debemos subir a ese yate.

Laura tomó la delantera. Sólo necesitó un salto para llegar a la cubierta. Carter hizo lo mismo.

—Voy a sacar mi cámara de fotos para que queden pruebas —dijo Carter.

—Yo también voy a sacar algo de mi cartera —dijo Laura mientras metía la mano dentro de su bolso. Jenny Carter fue más rápida y logró sacar de su cartera lo que buscaba: un revólver recién cargado con el que apuntó a Laura.

—Sonríe para la foto —le dijo antes de realizar el disparo mortal.

Laura cayó de espaldas en la cubierta.

Debido al estrépito, un hombre salió violentamente del interior del yate. Era Renato.

—¡Jenny! —dijo antes de abrazarla.

—Como lo planeamos —dijo Carter con una sonrisa en los labios.

—Primero los dos viejos y ahora Laura —dijo Renato.

—Tenemos que irnos, Renato. No nos pueden ver.

Salieron del muelle y subieron a un auto que los esperaba en la autopista. Ambos se sentaron en la parte de atrás. Jenny fue la primera en hablar, dirigiéndose a quien estaba al volante.

—Buen trabajo —le dijo—. Gracias por toda la ayuda.

Patty no dijo nada. "Ahora sólo falta una", pensó.

Mientras manejaba miró a Renato por el espejo retrovisor, regalándole una sonrisa cómplice.

Desde el secuestro de Claudia, la vida de los Salazar cambió por completo. El viernes 27 de Junio de 2003, Claudia tomó un taxi en la puerta de su casa rumbo a una conocida discoteca de Miraflores; nunca llegó. Sus padres, Fernando y Lucía, iniciaron una angustiosa búsqueda, llamando a todos los contactos de su agenda personal, pero todo el esfuerzo y llamadas fueron en vano. Todas sus amigas aseguraban que nunca llegó a la discoteca.

En un inicio, la policía y la prensa le dieron buena cobertura a este caso, manteniendo titulares durante una semana, pero al ver que de pronto la noticia vendía cada vez menos, el caso pasó al olvido.

La situación en el hogar de los Salazar era crítica. Lucía sufría de una severa depresión y Fernando había descuidado su pequeña empresa, delegando todas las responsabilidades a varios de sus trabajadores para dedicarse de lleno a ubicar a su hija. No se iba a dar por vencido fácilmente. La mañana del jueves 10 de Julio de 2003, dos semanas después de la desaparición de Claudia, el teléfono de los Salazar empezó a sonar. Lucía contestó.

—Escuche con atención, señora —dijo el hombre con cierto dejo extranjero.

—¿Quién habla? —preguntó Lucía bastante confundida.

—Cállese y solo escuche si es que no quiere que lastime a su hija.

—¡Mi hija! ¿Está con vida? —preguntó nuevamente, esta vez con desesperación.

—¡Cállese le he dicho, maldita sea! ¡Cállese o le haré daño! Solo escuche.

—Dígame entonces —dijo Lucía sin ocultar su nerviosismo.

—Su hija está bien de salud, pero no lo estará si ustedes no cumplen

con el rescate. Hemos tenido que esperar dos semanas para que la prensa y la policía se olviden del caso. Creo que es buen momento para negociar.

—¡No le hagan daño por favor! —suplicó Lucía.

—¡Cállese, señora! Usted sólo debe escucharme. Ahora ya sabe que su hija está con vida. Voy a realizar otra llamada el día de mañana para definir el lugar donde nos encontraremos. Quiero quinientos mil dólares. A su esposo le hemos hecho un seguimiento por semanas así que sabemos que cuenta con el dinero. Nada de policías, nada de estupideces. Sólo usted y el dinero. Me entregará el dinero mañana viernes, y el sábado usted tendrá a su hija nuevamente en casa.

—Pero… ¿cómo sé yo que está viva? ¿Cómo confiar en usted?

—Tendrá que confiar en mí. No tiene otra opción Y sobre su hija, escúchela usted misma.

Pasaron unos segundos.

—¡Mamá! —gritó Claudia con desesperación.

—¡Claudita! —dijo Lucía reconociendo claramente la voz de su hija.

—¡Suficiente! —gritó el hombre—. Lo que ha escuchado es suficiente. Espere mi llamada.

La comunicación se cortó.

Lucía llamó inmediatamente al celular de su esposo y en pocas palabras le explicó lo sucedido, prometiéndole que cuando llegara a casa se lo contaría con mayor detalle pues se encontraba muy nerviosa.

—Estaré ahí en quince minutos —dijo él antes de finalizar la llamada.

Fernando llegó a la casa pero para sorpresa de su esposa, llegó con un oficial de la policía.

—Lucía, él es Mario Paredes, oficial de la policía y amigo mío desde hace años, tiene experiencia en estos casos y...

—¡Fernando! —interrumpió Lucía con voz enérgica—. El secuestrador ha exigido que no involucremos a la policía.

—Lo sé, amor, tranquila. Sólo quiero que escuche lo que tienes que decir. Él sólo nos apoyará dándonos algunos consejos. Es por el bien de nuestra hija.

Lucía logró tranquilizarse con las palabras de su esposo y les contó detalladamente sobre la llamada que había recibido minutos antes.

—¿Dice usted que notó un dejo extranjero en la voz del hombre? —preguntó Paredes.

—Sí.

—¿No puede ser usted más específica?

—Creo que era un dejo colombiano o venezolano, no recuerdo muy bien.

—Bueno, si vuelve a llamar podremos escucharlo. Se comenta que hay una banda de secuestradores colombianos en el país. Son solo rumores, pero podría ser importante descartarlo.

—Pensándolo bien, creo que sí era un dejo colombiano.

—No se preocupe, lo comprobaremos cuando vuelva a llamar. Hoy pasaré la noche acá, si no le incomoda. Me quedaré esperando esa llamada.

—No, claro que no, prepararé el cuarto de invitados. Y gracias por el apoyo —dijo finalmente Lucía.

A las nueve de la mañana del 11 de julio del 2003, el teléfono de la casa de los Salazar sonó nuevamente. Esta vez la llamada a Lucía se convirtió en un monólogo. El secuestrador no le dio opción a decir nada y se limitó a mencionar la hora y lugar del encuentro, mencionando que si algo salía mal, Claudia moriría.

—No podemos hacer nada, Fernando —dijo Paredes—. Lucía tendrá que ir sola a entregar el dinero, y tendremos que confiar en que mañana llegará Claudia sana y salva. He escuchado la llamada y podemos estar seguros de que el hombre es colombiano. Pero no podemos asegurar si pertenece a alguna banda, aunque sería lo más probable.

—¡No puede ser! —gritó Fernando—. ¡Me niego a confiar en ese delincuente! ¿Cómo sé si está diciendo la verdad? ¿Cómo sé que no le hará daño?

—Lo siento Fernando, no hay otra salida.

—Quinientos mil dólares es casi todo lo que tengo ahorrado —dijo Fernando antes de caer de rodillas al suelo derramando lágrimas.

—¡Fuerza, mi amor! —le dijo Lucía mientras se arrodillaba también para poder abrazarlo—. Saldremos de esto así como hemos superado tantos otros problemas.

—Es tu decisión —le dijo Paredes.

A las once de la noche, Lucía llegaba en un taxi al lugar acordado con una maleta llena de dinero. Era un lugar bastante apartado a unos cuarenta minutos del centro de Lima. La dirección coincidía con un callejón oscuro y al parecer abandonado. Bajó del auto llevando la maleta.

—¿Está segura de que va a entrar a ese lugar? —preguntó incrédulo

el taxista.

—Sí. Y usted no diga nada, sólo espéreme aquí —dijo Lucía, quien no disimulaba su nerviosismo.

Entró al callejón y comenzó a caminar. Daba pasos lentos y sentía cómo el callejón se volvía cada vez más estrecho. Estaba muy oscuro. Podía sentir una fuerte respiración que se acercaba cada vez más.

De pronto sintió que alguien la abrazaba por detrás tocándole los senos. No pudo ni gritar de la impresión. El secuestrador continuaba abrazándola y tocándola.

—Usted es mucho mejor que su hija —dijo el secuestrador mientras seguía acariciando el cuerpo de Lucía.

—¡Es usted un maldito enfermo! —dijo Lucía mientras se separaba de él con un empujón—. Tome el dinero, está completo. Quiero ver a mi hija.

—Como le dije señora, su hija estará mañana en su casa.

El secuestrador tomó el maletín, entró por una de las pequeñas puertas laterales del callejón y desapareció.

Al día siguiente, Fernando, Lucía y el oficial Paredes se encontraban en el balcón de la casa esperando la llegada de Claudia. Pasaron todo el día esperando, mirando la calle desde el balcón, pero Claudia nunca apareció.

Dos días después Lucía le confesó a Fernando que había perdido toda esperanza de volver a ver a su hija.

—¿Crees que podamos recuperar a nuestra hija?

—Mientras no estemos seguros de que está muerta, siempre mantendremos la esperanza de recuperarla.

****

El 22 de Noviembre del 2003 Ramiro Vallejo se encontraba echado en su cama esperando a que empezara el partido de fútbol que iban a transmitir en directo. Jugaban el América de Cali contra el Nacional. Un clásico. A pesar de vivir y haber nacido en Bogotá, Ramiro simpatizaba con el América. Había comprado unas cervezas y sólo esperaba la llegada de su esposa quien estaba en la universidad estudiando. Ella le había prometido que llegaría a tiempo para ver el partido juntos. Ese encuentro iba a paralizar a toda Colombia y la familia Vallejo no podía ser la excepción. Pero segundos antes de empezar sonó el teléfono.

—¡Sí, diga! —contestó Ramiro.

—Hola Ramiro, ¿cómo estás? —preguntó una voz con dejo

colombiano.

—¿Quién habla?

—Mi nombre no es importante. Lo importante es que tengo a tu esposa a mi lado. No creo que se sienta muy cómoda.

—¡Qué clase de broma es esta! —gritó furioso Ramiro.

—¡Cállate! ¡Cállate y no digas nada si no quieres que lastime a tu esposa! Te hemos hecho un seguimiento por un buen tiempo. Sabemos que cuentas con dinero. Te sugiero que hagas caso a lo que te digo.

—¿Qué es lo que quieren?

—Es simple, quiero que pagues el rescate de tu esposa. Dime tú, ¿cuánto vale la vida de tu esposa?

—¿Cómo sé que tú la tienes? ¿Cómo sé que está viva?

—Escúchala tú mismo.

Pasaron unos segundos.

—¡Ramiro!—se escuchó en el teléfono.

Ramiro reconoció al instante la voz de su esposa.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Ramiro con voz de desesperación.

—Quiero que me digas cuánto estás dispuesto a pagar por tu esposa. ¿Cuánto vale la vida de tu esposa? Recuerda que llevamos tiempo investigándote. Haz una buena oferta.

—¡Maldita sea! ¿Cinco mil? ¿Diez mil? ¿Cuánto quieres? —preguntó enfurecido.

—¿Eso es lo que vale tu esposa, Ramiro? La estoy viendo es estos momentos. Estoy seguro de que vale mucho más.

—Dime de una vez cuánto quieres —suplicó Ramiro.

No hubo respuesta. Ramiro continuó hablando.

—Puedo darte doscientos mil dólares, pero por favor, no la lastimes.

—¿Doscientos mil? Con todo el dinero que tienes ¿eso es lo único que puedes ofrecer? —preguntó el secuestrador.

—¿Trescientos? ¿Cuatrocientos? ¿Cuánto es lo que quieres? —preguntó Ramiro.

—Vamos Ramiro, no me insultes. Te hemos investigado. Te he seguido. No me digas que no me puedes dar unos centavos más.

—¡Maldita sea! —gritó Ramiro—. ¡Quinientos mil dólares! En efectivo.

—¡Que coincidencia! —dijo el secuestrador—. La última vez que

negocié el monto de un rescate también fue de quinientos mil dólares. ¡Qué interesante! Me gusta. Así lo haremos.

El secuestrador se limitó a mencionarle a Ramiro el lugar, la hora y la forma en que se haría el intercambio. Ramiro tendría que llevar el dinero en una maleta y al día siguiente le devolverían a su esposa. Ramiro desconfió, pero no tenía otra opción.

Al día siguiente llegó con la maleta llena de dinero al lugar acordado, un callejón oscuro donde parecía que nadie habitaba. Ingresó lentamente y después de dar sus primeros pasos dentro del callejón, cayó al suelo después de recibir un fuerte golpe en la cabeza. Ya en el suelo, recibiría varios golpes más, todos en la cabeza, uno de ellos mortal.

****

Lucía Salazar se encontraba con los ojos llenos de lágrimas en el aeropuerto Jorge Chávez de Lima, esperando la llegada de su esposo, a quien no veía desde hacía casi cinco meses.

Después de una impaciente espera, al fin lo vio. No pudo controlar su emoción y corrió hacia él para abrazarlo. Se mantuvo así, abrazándolo, por casi diez minutos. Después se separó de él diciéndole:

—¿Recuperaste nuestros quinientos mil dólares?

—Sí, logré recuperarlos —respondió con dejo colombiano.

—Y, ¿llegaste a ver a Claudia?

—Sí, a ella y a su esposo, y ahora podemos estar seguros de que no la recuperaremos jamás.

El asesino de la carretera

La temporada de verano había iniciado hacía tres semanas y con esta empezó una serie de asesinatos a mujeres que salían en sus autos desde Lima a las discotecas de las playas del sur.

Ya eran tres los casos —uno cada fin de semana— en los cuales se habían hallado los autos de las víctimas a escasos metros de la carretera Panamericana. Dentro de estos, cada víctima presentaba un profundo corte en la garganta.

En los tres casos el corte era similar y estaba demostrado que no habían sufrido robo alguno. Por estos motivos, la policía estaba convencida de que se trataba de un psicópata que utilizaba el mismo método en todos sus asesinatos.

Un testigo, que residía en las inmediaciones de la carretera, declaró haber visto al asesino.

—Yo lo vi antes de subirse al auto de la chica—aseguraba —. El hombre era alto, blanco y atractivo. Por eso la chica lo recogió cuando el tiraba dedo.

La policía estaba muy presionada debido a que se les culpaba de los últimos dos asesinatos por haber mantenido la información en reserva.

Después del tercer crimen tuvieron que informarlo a la prensa para que toda la población estuviera advertida. Gracias a las declaraciones del testigo, se informó también a toda la prensa sobre las características físicas del sospechoso. Se acercaba el cuarto fin de semana del verano y la policía quería evitar otra tragedia.

A las diez de la noche del viernes del cuarto fin de semana, Martha Morelli iba en su auto por la carretera Panamericana con rumbo sur. La falta de vigilancia policial le permitía exceder el límite de velocidad.

Cuando pasaba por el kilómetro setenta pudo ver a lo lejos la sombra

de una persona a un lado de la carretera. Al acercarse, vio que era un hombre solicitando un aventón. El hombre parecía desesperado. Martha redujo la velocidad y se acercó a él. Pudo comprobar que el hombre sangraba de su mano derecha.

—¡Ayúdeme, por favor! —gritó desesperadamente el hombre mientras Martha empezaba a alejarse.

Escuchó las mismas palabras una vez más y decidió detenerse. Observó al hombre nuevamente. Era joven y muy atractivo. Retrocedió y bajo la ventana del auto un par de centímetros.

—¡Ayúdeme!—suplicó el hombre—. ¡Han tratado de asaltarme! —dijo mientras le mostraba a Martha el corte que tenía en la mano.

Se quedó mirándolo por unos segundos. No sabía qué hacer. El corte y la sangre eran verdaderos. No sabía si después le remordería la conciencia. Después de unos segundos en los cuales no dijo nada, Martha se persignó y abrió la puerta del copiloto.

—Sube rápido. Tienes que ir a un hospital.

El hombre subió al auto y cerró la puerta. Llevaba consigo una pequeña mochila azul que puso entre sus piernas.

Martha manejaba nerviosa. En esos momentos, a pesar de la emergencia, ya no excedía el límite de velocidad. Miraba de reojo a su acompañante como si supiera que algo macabro sucedería pronto. Después de unos minutos, en los que ambos se habían mantenido callados, Martha rompió el silencio.

—¿Qué lleva en la mochila?

El hombre vaciló por unos segundos.

—Libros—respondió nervioso.

—¿Habla en serio?—volvió a preguntar Martha.

—Sí, soy profesor en un instituto. Déjeme mostrarle.

Comenzó a abrir la mochila con movimientos torpes. Seguía sangrando. A Martha le comenzaron a temblar las manos. No quitaba la vista de la mochila azul. No sabía lo que podía haber dentro.

—¡Al fin!— dijo cuando terminó de abrir el cierre.

Cuando el hombre quiso sacar lo que había dentro, Martha fue más rápida y sacó un pequeño cuchillo de debajo de su asiento y con un movimiento rápido lo pasó por la garganta del hombre, quien después de convulsionar escasos segundos, quedó inerte con la cabeza apoyada en la ventana.

Seguidamente se estacionó a un lado de la carretera, donde unas plantaciones impedían que pudiera ser vista, cogió la mochila y revisó lo que había en su interior. Eran libros de literatura. Se estremeció al ver al hombre totalmente ensangrentado, imaginando cuánto lo extrañarían sus familiares y alumnos. Bajó del auto y se dirigió a la puerta del copiloto. Después de abrirla, lo tomó por uno de sus brazos y lo arrastró hasta la parte de atrás. Abrió la maletera. En el interior había un hombre muerto con un corte en la garganta. Levantó el segundo cadáver y lo puso junto al otro, dentro de la maletera, Martha estaba segura de que en algún momento vengaría la muerte de su hija.

"Aún hay espacio para uno más", pensó.

Cerró la maletera, subió a su auto y siguió manejando con rumbo sur.

El asesino de los números

Sentada frente a su televisor, Sara Butler se encontraba inmersa en una tranquilidad absoluta. Después de un largo día de trabajo su mayor deseo era quedarse dormida lo antes posible. Para ello había escogido el mejor sillón de su departamento y el aburrido noticiero de las nueve. La combinación de aquellos dos era infalible para conciliar un sueño profundo capaz de superar el leve insomnio que frecuentemente padecía.

A pesar de toda esa planificación, Sara cometió un gran error al dejar encendido el televisor. La conductora del noticiero de las nueve empezaba su transmisión con el tema de moda: los crímenes del denominado "Asesino de los números". La ciudad estaba aterrada por este caso. Las cuatro víctimas encontradas hasta la fecha eran mujeres jóvenes.

En todos los casos los cuerpos encontrados tenían claras muestras de haber sido torturados y estrangulados. Además, el asesino había escrito en el pecho de cada una un número pintado con lápiz labial rojo. La semana anterior la policía había encontrado el último cadáver con el número cuatro.

A pesar del gran despliegue policial, la ciudad entera estaba a la espera de la aparición del quinto cadáver.

"Si sigo viendo este tipo de noticias el insomnio volverá", pensó angustiada. "Sólo cinco minutos más". En el preciso instante en que esos pensamientos comenzaban a preocuparla, la conductora del noticiero informó casi a gritos que al parecer la policía había detenido a un sospechoso.

—¡Al fin! —gritó Sara. "No todo fue malo el día de hoy".

La celebración duró poco. Al ver las imágenes se dio cuenta de que el sospechoso detenido era Michael, su novio. Dos minutos después, durante los cuales había permanecido en shock, sonó su celular. Sara dudó. Sabía que pronto empezaría una seguidilla de llamadas de familiares,

colegas y amigos preguntando sobre el tema. Por ser la primera llamada, decidió contestar.

—¿Hola? —dijo nerviosa.

—Sara, soy yo.

—Michael, ¿qué ha pasado?

—La policía me ha detenido como sospechoso de los crímenes del asesino de los números.

—Sí, lo vi en las noticias, pero… ¿por qué a ti? —preguntó indignada.

—No lo sé. Según lo que me han dicho hay una persona que asegura haberme visto salir del edificio donde se encontró a la última víctima ¡Eso es todo lo que tienen!

—¿Quién te dijo eso?

—Un policía. Tuve que deshacerme de algunos billetes para obtener la información.

—¿Y tú estuviste en ese edificio?

—Nunca. Es probable que tenga algún parecido físico con el asesino o con alguna persona que abandonó el edificio ese día.

—¡Dios, no sé qué hacer! ¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó angustiada.

—Sólo quédate tranquila en casa. Todo esto es un malentendido y se resolverá pronto. Lo más probable es que salga mañana temprano pagando una fianza. Es lo que dice mi abogado.

—Espero que sí. Mantenme informada por favor.

—Te llamaré mañana.

Sara apagó el celular.

"Detenido por los comentarios de un testigo", pensó. "Esto es ridículo". Apagó el televisor y trató de dormir, sin conseguirlo. A la mañana siguiente, Sara estaba a la espera de la llamada de Michael. Al terminar su ligero desayuno, el celular sonó.

—¿Michael?

—Sara, el tema se ha complicado. Estoy en problemas.

—¿Qué ha sucedido? No me asustes, por favor.

—Han aparecido dos testigos más que aseguran haberme visto salir del edificio.

—¡Qué! ¡No puede ser posible! ¿De dónde han salido estos testigos? ¿Crees que alguien les esté pagando?

—Es posible. El problema es que con tres testigos ya hay suficientes pruebas como para que la fiscalía realice la denuncia.

—¡Pero tú eres inocente! No podrán demostrar nada.

—Mi abogado opina lo mismo. Sin embargo, así sea finalmente declarado inocente, estaré encerrado por lo menos dos años, que es lo que dura un juicio de este tipo.

—Michael, debe haber alguna solución. ¿Qué podemos hacer?

—Con tres testigos declarando en mi contra, solo hay una cosa que podría salvarme.

—¿Qué cosa?

—Que el verdadero asesino cometa otro de sus crímenes mientras estoy detenido.

—¡Es cierto! —exclamó Sara—. Pero eso es poco probable.

—Casi imposible —agregó Michael—. Estos asesinos en serie tienen la necesidad de matar, de seguir retando a la policía, sin embargo, no puedo depender de ello. Podrían pasar años antes de que ataque de nuevo.

—Entonces, ¿qué haremos?

—Hay otra opción.

—¿Cuál es?

—Necesito que alguien reemplace al verdadero asesino y cometa un crimen similar.

—¡Michael! ¿Hablas en serio?

—No veo otra solución. No tengo alternativa. Tengo que conseguir a alguien que esté dispuesto a hacerlo. Pagarle lo que sea si fuese necesario.

—¿Cómo se te ocurre sugerir algo así? ¡Ni siquiera lo menciones! Alguien podría estar escuchando nuestra llamada.

—Imposible. Te estoy hablando desde un celular que alquilo dentro de la cárcel. No pueden intervenirlo.

—Creo que te has vuelto loco. Porque incluso si tu idea tuviera sentido, ¿quién sería capaz de matar a alguien de esa manera?

Michael no contestó.

—No pretenderás que…

—¡Sara, no tengo otra solución! Si me encierran se acaban todos nuestros planes, nuestros sueños. Tengo que salir de acá.

—Lo sé, pero lo que sugieres es una locura. ¿Cómo crees que…?

—Sara, piénsalo —interrumpió Michael—. Tengo que salir de acá. Un supuesto asesino de mujeres no dura mucho en la cárcel. Es posible que

tengan todo un plan para eliminarme en las próximas horas. Los familiares de las víctimas querrán hacer justicia por su cuenta y acá adentro hay gente dispuesta a hacer lo que sea por dinero.

—No sé qué decir.

—Dime que me apoyas. Que me sacarás de esto.

—Michael, debo colgar. No estoy en condiciones de responderte ahora—. Apagó el celular. Las manos le temblaban. Amaba a Michael y no quería perderlo. Pensaba en la increíble situación que le estaba tocando vivir. Antes de abandonar su departamento para respirar algo de aire fresco, se preguntó cuáles eran los límites que debían existir en el amor. Regresó al mediodía. Prendió el celular y se sentó en su sillón a esperar la llamada de Michael. Treinta minutos después sonó el celular.

—Sara, necesito tu respuesta. Eres mi única esperanza.

—Michael, he tenido toda la mañana para pensarlo. No estoy dispuesta a perderte. Lo haré.

—¿Hablas en serio?

—Dime qué tengo que hacer.

Ese mismo día, un poco antes de las once de la noche, Sara salía de una conocida casa de citas acompañada de una hermosa mujer. Las instrucciones de Michael habían sido claras: lo principal era no ser reconocida por nadie. Sara estaba verdaderamente irreconocible. Llevaba una peluca rubia, tacones altos y un exagerado maquillaje que escondía su verdadero rostro. Ambas despedían un fuerte olor a alcohol. Sara le tomaba la mano mientras trataba de besarle el cuello.

—Hoy serás mía —le dijo Sara al oído.

—Si me pagas lo acordado seré toda tuya —respondió su acompañante.

—Te voy a llevar a un sitio muy especial —prometió Sara.

—Me encantan las sorpresas.

Caminaron por quince minutos. Sara seguía coqueteando. Desempeñaba muy bien su papel. Llegaron a un pequeño hotel con una fachada bastante descuidada y sucia.

—¿Este es tu sitio especial? —preguntó sarcásticamente su acompañante.

—No te dejes llevar por las apariencias —respondió Sara—. La vista es espectacular.

Ingresaron al hotel. Sara pidió una habitación en el último piso y se

registró con un nombre falso. "Mientras más lejos de la recepción, mejor", pensó. Tomaron el ascensor y llegaron al último piso. Ambas ingresaron a la habitación. Minutos después se escuchó el primero de varios gritos desgarradores que provenían desde el interior de la habitación. Después, sólo el silencio.

Se abrió la puerta de la habitación. Sara salió con los ojos llenos de lágrimas y las manos manchadas de sangre. En una de ellas llevaba un cuchillo de veinte centímetros y en la otra un lápiz labial rojo.

Cayó de rodillas al piso.

—¡Qué he hecho! —gritó.

—Te has condenado a ti misma —respondió Michael, mientras salía de atrás de un muro que le había servido de escondite.

—¿Qué haces acá? ¡No entiendo nada!

—Tú nunca entiendes nada, Sara. Salí bajo fianza.

—Pero, entonces… ¿por qué me hiciste hacer esto? ¿Por qué no me avisaste que habías salido de la cárcel?

—Sara, salí de la cárcel antes de nuestra conversación de esta mañana. Te pedí que hicieras esto para evitar que me condenaran. Tarde o temprano iban a llegar a mí.

—¿De qué hablas, Michael? ¿Tú?

—Sí, Sara, pero eso ya no importa. Desde hoy será "La asesina de los números".

Sara apretó con fuerza el cuchillo.

—¡Ni lo intentes! Soy más rápido que tú —dijo Michael mientras daba un paso hacia atrás.

—¿Por qué me has hecho esto? —preguntó furiosa.

—Era la única forma de salvarme. Me equivoqué después de matar a la cuarta víctima. Me vieron salir del edificio. El testimonio de los testigos no fue suficiente para mantenerme en prisión, pero sé que la policía iba a estar siempre tras mis pasos. Era cuestión de tiempo el que me atrapen con alguna prueba más contundente.

—¡Maldito seas, Michael! ¿Por qué diablos lo hiciste? ¿Por qué las mataste?

—¿No lo sabes aún? Dime, ¿no sentiste placer al matar a la prostituta?

—¡Eres un maldito enfermo! —gritó indignada.

—Es posible. Bueno, no puedo seguir conversando. La policía está

por llegar. Adiós Sara. Gracias por tu ayuda.

—¡No tan rápido! —gritó la acompañante de Sara, quien salía de la habitación apuntando a Michael con una pistola.

—¿Qué diablos…? —preguntó nervioso Michael.

—Sólo quería agradecerle por la confesión.

La oficial Morgan mostró su placa de policía.

—Pero… ¡no entiendo nada! —gritó Michael.

—Tú nunca entiendes nada, Michael —dijo Sara.

—Gran actuación, Sara —agregó Morgan.

—Michael miraba a ambas con odio.

—Pero…

Morgan lo interrumpió.

—No te esfuerces en entender, Michael. Sara me fue a buscar en la mañana. Se enteró de que habías salido bajo fianza. Todo lo demás fue una espectacular actuación de ambas, modestia aparte. Sabía que nos seguirías.

Michael mantenía su mirada de odio.

—¡Maldita seas, Sara! —gritó mientras sacaba un arma que llevaba escondida en la espalda.

Morgan fue más rápida y le disparó. Su muerte fue instantánea.

La oficial se acercó al cuerpo inerte de Michael. Le abrió la camisa con violencia, tomó el lápiz labial rojo y escribió un número cinco en su pecho.

—Vámonos Sara. Los demás oficiales están abajo. Dejemos que hagan su trabajo.

Bajaron un par de escalones y Sara se detuvo. Regresó a ver el cuerpo de Michael. Recogió el lápiz labial del suelo y al lado del número cinco dibujó un punto.

Un punto final.

El embellecedor

Emilio repitió las mismas palabras, esta vez con mayor firmeza.

—No pienso ir a esa cena.

Rodrigo lo escuchaba por el teléfono. Lo dejaba hablar, esperando el momento adecuado para intervenir y lograr convencerlo.

—De ninguna manera iré solo a una cena bailable. Todos estarán con pareja.

Rodrigo intervino.

—¡Vamos, Emilio! —exclamó con la intención de animarlo— La vamos a pasar bien.

—¡Tú la vas a pasar bien! Irás con Marcia.

—Por supuesto. Pero igual podemos pasarla bien los tres. Si lo que te preocupa es quedarte sentado toda la noche, olvídalo. Habrá mucha gente que podrás conocer.

—Todos irán con sus parejas. No conoceré a nadie.

—Te aseguro que conocerás a alguien.

Sabía que Rodrigo no se detendría hasta convencerlo. Las entradas para la cena ya estaban pagadas. No quería prolongar la conversación.

—Está bien, iré. Pero promete que me presentarás a alguien interesante.

—Prometido —respondió Rodrigo, dando por finalizada la conversación.

******

Los tres llegaron juntos a la cena, ingresaron al local y se sentaron en la mesa que tenían reservada, junto a tres parejas más.

—Mal inicio —dijo Emilio—. Creo que soy el único que ha venido

solo.

—Ten fe. Siempre existe la excepción que confirma la regla —dijo Rodrigo.

—Esa excepción soy yo —concluyó Emilio.

Los tres rieron.

Minutos después el local estaba repleto de gente. Al terminar la cena, el volumen de la música se elevó, como invitando a las parejas a pasar a la pista de baile.

Marcia y Rodrigo permanecían en la mesa para no dejar solo a Emilio, quien rápidamente se dio cuenta de la situación.

—Por mí no se preocupen —les dijo—. Vayan a bailar. Daré un recorrido por el local.

Mientras la joven pareja se dirigía a la pista de baile, Emilio empezaba una desesperada búsqueda de mujeres solitarias. Después de su recorrido regresó a la mesa y encontró a sus dos amigos, quienes habían bailado solo un par de canciones.

—¿Cómo te fue? —preguntó Rodrigo.

—¡Mal! —respondió enérgicamente—. No hay una sola mujer sin pareja en esta maldita cena.

—No puede ser —replicó Rodrigo—. ¿Estás seguro?

—Bueno, si quieres que sea sincero…

Hubo una pausa.

—¡Habla Emilio! —gritó Rodrigo.

—Hay una chica. Está bailando sola en la pista de baile.

—¿Entonces?

—Si la vieras te darías cuenta de por qué no la estoy considerando.

—¡Vamos Emilio! No puede estar tan mal.

—Mírala tú mismo —dijo Emilio, señalándola.

Rodrigo miró hacia la pista de baile y vio cómo una poco atractiva mujer se abría paso entre los demás asistentes gracias a sus exageradas dimensiones.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Es la única mujer disponible en todo el local?

—Así parece —respondió Emilio, resignado.

Ambos siguieron mirándola por un rato hasta que Rodrigo logró reconocerla.

—¡Creo que es Rocío!

—¿Cuál Rocío? —preguntó Emilio, sorprendido.

—Estudió con nosotros en la universidad.

—No la recuerdo.

—Tú solo recuerdas a las bonitas —bromeó Rodrigo.

Ambos rieron.

—Bueno, Emilio —continuó Rodrigo—. Prometí presentarte a alguien interesante y…

—¡Olvídalo!

—Pensándolo bien, es tu única opción —dijo Rodrigo con cierto sarcasmo.

Ambos quedaron en silencio.

Emilio observaba fijamente los torpes movimientos de Rocío en la pista de baile.

Rodrigo rompió el silencio.

—Tu única opción…

Emilio salió de su ensimismamiento.

—¡Pásame esa botella! —ordenó.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó Rodrigo.

—Necesito alcohol. Tú sabes, el embellecedor.

—¡El embellecedor universal! —gritó Rodrigo.

Marcia y Rodrigo celebraron la idea y vieron cómo Emilio se servía un whisky doble con tal ansiedad que los hielos se le resbalaban de las manos.

—¿Cuántos necesitarás para verla linda? —preguntó Marcia.

—Lo sabremos pronto —respondió optimista Emilio.

Su repentina decisión generó un antes y un después en la cena. A partir de ese momento las motivaciones cambiaron y su objetivo era claro. Mientras todos bailaban, él embellecía, con cada trago, todo lo que estaba a su alrededor.

Emilio continuó así los siguientes noventa minutos. Después del cuarto vaso de whisky, el descontrol de apoderó de él. Se levantó de la mesa, se acercó a la pista de baile y sacó a Rodrigo tomándolo del brazo. Le habló al oído.

—La deseo —susurró mientras buscaba a Rocío con la mirada—. Realmente la deseo.

Rodrigo se sobresaltó. Pensó que se refería a Marcia.

—¿A quién te refieres? —preguntó mientras se alejaban de la pista

de baile para no ser escuchados por los demás.

—¡A Rocío! —respondió eufórico—. El embellecedor hizo su trabajo.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Rodrigo.

Emilio tomó un buen sorbo de su quinto vaso de whisky.

—Muy seguro —respondió—. Quiero desnudarla y golpearla sin piedad.

Rodrigo lo miró directo a los ojos, asustado. Le quitó el vaso de whisky y con su mano derecha le tomó el hombro.

—¿De qué estás hablando?

—¡Preséntamela, Rodrigo! ¡Tú lo prometiste! —le recordó con exagerada agresividad en sus palabras.

Rodrigo sentía que la situación se salía de control.

—¿Qué piensas hacer, Emilio? —preguntó asustado.

—Ya te lo contaré después. Si te lo digo ahora, no me la presentarás.

Emilio buscaba a Rocío con una mirada de ansiedad extrema. Rodrigo se limitaba a seguirlo, dispuesto a evitar cualquier reacción agresiva.

—¡Ahí está! —gritó Emilio, mientras aceleraba el paso para darle el encuentro.

—¡Detente! —ordenó Rodrigo mientras jalaba a su amigo de la camisa—. ¿Qué diablos vas a hacer?

Emilio lo miró directo a los ojos.

—Voy a llevármela de esta maldita cena a algún hotel barato. Después, desnudarla y golpearla hasta que amanezca —dijo antes de soltar una ronca carcajada.

A pesar de la risa, Rodrigo se percató de que hablaba en serio.

—¿Te has vuelto loco, Emilio? ¡No lo voy a permitir!

—¡Déjame en paz! —gritó Emilio antes de darle un empujón—. ¡Sí no me dejas ir por Rocío, iré por Marcia! ¡Tú decides! —gritó mientras empezaba a caminar hacia su futura víctima.

Rodrigo se quedó inmóvil, afectado por las palabras que había escuchado. Debía detenerlo. Cuando Emilio llegó hasta donde estaba Rocío, Rodrigo empezaba a imaginar las cosas que esa pobre mujer sufriría a manos de su sádico amigo. Cuando ella finalmente lo reconoció y quiso saludarlo, Emilio cayó al suelo, inconsciente.

******

Emilio despertó con un fuerte dolor de cabeza. Quiso frotarse los ojos para poder ver dónde se encontraba, pero no pudo hacerlo. Se encontraba boca arriba en una cama desconocida, con ambas manos amarradas a la cabecera. Segundos después de dio cuenta de que tampoco podía mover los pies. Estaba completamente inmovilizado. Al mirar en dirección a sus pies se dio cuenta de que había sido amarrado con su propia ropa. Estaba casi desnudo. Volteó hacia la derecha y vio a Rodrigo sentado en una silla.

—¿Quién diablos me ha amarrado? —preguntó furioso.

—Yo —respondió Rodrigo.

—¿Por qué lo hiciste?

Rodrigo no respondió.

—En realidad no me interesa la razón —dijo Emilio—. Desátame y vámonos de aquí de una vez.

—No pienso desatarte —dijo Rodrigo mientras lo miraba directamente a los ojos.

—¿Estás loco, Rodrigo? ¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué no quieres desatarme?

—¡Eres muy peligroso, Emilio¡ ¡Tomaste unos tragos y te convertiste en un monstruo!

—¿De qué estás hablando?

—Quisiste llevarte a Rocío a un hotel. Hablaste de desnudarla, golpearla y no sé qué otras cosas más. Incluso amenazaste con hacerle lo mismo a Marcia.

Emilio se mostró confundido.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Y si Marcia corre peligro, no pienso dejarte libre. Te quedarás acá, en este hotel, al menos por un tiempo.

—¿Estás loco? ¿Piensas dejarme acá amarrado?

Rodrigo no respondió. Se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de salir, volteó y le dirigió a Emilio una última mirada.

—Suerte —le dijo antes de abandonar la habitación.

Emilio no dijo nada más. Se sintió derrotado e impotente.

Mientras trataba de pensar en la manera de salir de ahí, la puerta del baño se abrió. Cuando vio a Rocío aparecer en ropa interior, su rostro

palideció. Sus exageradas dimensiones se balanceaban de un lado a otro mientras se le acercaba con un vaso de whisky en la mano. Se quedó paralizado sin saber qué decir.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó nervioso, justo antes de que su cuerpo empezara a temblar.

—Aún nada —respondió Rocío mientras le mostraba su vaso.

Emilio cerró los ojos, en señal de resignación.

Asesinato en Las Casuarinas

Sebastián detuvo su auto frente a la casa de la familia Lombardo. El joven abogado volteó para ver el rostro de la mujer sentada en el asiento del copiloto.

Daniela Lombardo agradeció el favor.

—Gracias por traerme, Sebastián. No sabes cuánto sufro sin mi auto. Espero que el mecánico me lo entregue pronto.

—No te preocupes, Daniela, es un placer poder ayudarte, además, las conversaciones contigo siempre son interesantes. Mientras no hablemos de trabajo… —bromeó Sebastián.

—Es verdad. A pesar de ser solo una practicante, el trabajo en el estudio de abogados me parece estresante. Durante todo el día aparecen problemas.

Sebastián asintió con la cabeza.

—¡Pero no hablemos de trabajo! —exclamó el abogado—. Me has dejado muy preocupado con lo que me has contado acerca de tu familia. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Daniela pensó por un instante antes de responder.

—No lo creo. Es algo que debemos resolver entre nosotros. Mis padres están peleados con mi abuelo, y mi tío Paolo no habla con nadie. Al parecer todo se debe a la situación de la empresa. Las cosas no van bien. Por eso yo prefiero trabajar de forma independiente y no involucrarme en el negocio familiar. Así evito problemas.

—Es una buena decisión —comentó Sebastián—. ¿Qué tan mal está la empresa de tu abuelo?

—Casi en la quiebra —respondió Daniela—. Mi abuelo fue muy exitoso en sus inicios, pero lamentablemente en los últimos años no supo adaptarse a la modernidad y a la competencia. Siguió manejando la

empresa como en los inicios y eso lo llevó al fracaso. Mi padre y mi tío quisieron hacer cambios para modernizar los procesos, pero mi abuelo nunca lo permitió. Ahora toda la familia sufre las consecuencias.

—Es una lástima —dijo Sebastián.

—Sí, lo es —agregó Daniela—. Ya no hay dinero ni para pagar mis estudios. Todo lo que recibo por mis prácticas en el estudio va directamente al pago de la universidad. Gracias a Dios terminaré la carrera en seis meses.

Se quedaron en silencio. Cuando Sebastián quiso darle unas palabras de aliento, algo golpeó el auto. Era un vagabundo pidiendo limosna. Sebastián bajó la ventana de auto y le dio una moneda.

—Siempre se puede estar peor —dijo mientras miraba a Daniela.

—Es verdad.

Daniela hizo una pausa. Esperó que el vagabundo se alejara para hablar.

—Ese tipo me da miedo. Hace varias semanas que merodea por esta zona. Todos los días toca el timbre de la casa para pedir comida y ropa.

—No te preocupes. Lima está llena de estas personas. Son inofensivas —dijo para tranquilizarla.

—Es cierto. Bueno, me tengo que ir. ¿No quieres entrar a tomar algo? —preguntó.

—Gracias, pero no puedo. Tengo muchas cosas que hacer. Dejémoslo para otra oportunidad.

—Perfecto.

Daniela bajó del auto y se dirigió a la puerta de su casa.

******

Cuando Sebastián leyó en el periódico la noticia de la muerte de Emiliano Lombardo, recordó en detalle la conversación que tuvo con su nieta dos semanas atrás. Tomó su teléfono para llamar a Daniela. Se dio cuenta de que no tenía su número grabado en el celular. Tendría que esperar hasta llegar a la oficina. Al llegar, encontró a Daniela rodeada de colegas, quienes le daban el pésame. Esperó unos minutos a que se encontrara sola y finalmente se acercó.

—Siento mucho lo sucedido, Daniela.

—Gracias, Sebastián. Ha sido un golpe muy duro para la familia.

Hubo un incómodo silencio que Daniela rompió.

—Sebastián, necesito hablar contigo.

—Claro, Daniela. Te escucho.

—Acá no. En privado. ¿Puedes darme unos minutos después del trabajo?

******

Sentado en una alejada mesa de la heladería cercana al estudio de abogados, Sebastián esperaba que Daniela tomara la palabra. Finalmente lo hizo.

—Mi abuelo ha sido asesinado —dijo sin ningún tipo de preámbulo.

Sebastián quedó paralizado, sin saber qué decir.

Ambos se miraron como dándose valor para pronunciar las siguientes palabras. Fue Sebastián quien decidió preguntar.

—¿Quién lo asesinó?

—Aún no lo sabemos —respondió Daniela llena de impotencia.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace ya una semana. Hemos mantenido la información en reserva. Recién hoy la noticia de su muerte apareció en los periódicos, sin embargo la prensa aún no sabe que fue asesinado.

Sebastián no sabía qué preguntar. Tenía tantas preguntas en la cabeza, pero no quería herirla. Dejó que ella siguiera hablando.

—Necesito tu ayuda.

—¿Cómo podría ayudarte? —preguntó confundido.

—Descubriendo al asesino.

******

Después de algunos minutos que le sirvieron para asimilar el pedido recibido, Sebastián empezó a elaborar una serie de preguntas. La primera fue la más obvia y la que Daniela esperaba.

—¿Por qué yo?

—Pregunta lógica —dijo Daniela—. Por tres motivos. El primero es que eres un abogado brillante, que resuelve los problemas con lógica, que combina el perfecto análisis con la aguda intuición. El segundo motivo es que el fiscal y los investigadores no avanzan. Han interrogado a mi familia por una semana y no consiguen nada. Y el tercer motivo, es que eres el único en quien confío.

Sebastián había conocido a Daniela hacía poco tiempo y no podría

creer que él fuera la persona en la que más confiaba. Se dio cuenta de que la familia Lombardo tenía muchos problemas, fuera del asesinato del abuelo Emiliano.

Si bien no quería involucrarse en un caso en el cual Daniela pudiese salir dañada, era lo que siempre había soñado: liderar una investigación para descubrir a un asesino. Hasta el momento, Sebastián sólo había visto casos como este en las novelas policíacas. La oportunidad que se le presentaba era perfecta y probablemente no se repetiría nunca.

—Te ayudaré —dijo.

—Gracias, Sebastián. Sabía que aceptarías. Sólo tengo una condición.

—¿Cuál es?

—Para mi familia lo sucedido ha sido traumático. No quiero que pasen por lo mismo. No podrás entrevistarlos.

—¿Qué? —preguntó Sebastián sorprendido por el extraño pedido—. Daniela, entiendo la razón por la cual pides esto, pero, ¿eres consciente de que los miembros de tu familia podrían ser los principales sospechosos?

—Lo sé, Sebastián. Pero no quiero que pasen por lo mismo otra vez. Sé que entenderás.

—No podré averiguar nada si no entrevisto a tu familia —aseguró Sebastián.

—Esas son las reglas. Sé que ninguno de los miembros de mi familia asesinó a mi abuelo. Estoy segura de eso.

—Está bien, respetaré la regla. Pero a la vez tú tendrás que aceptar mi única condición.

—¿Cuál es? —preguntó Daniela sorprendida.

—Yo descubriré al asesino e informaré a la policía, sin importar quién o quiénes fueron los culpables.

Daniela quedó en silencio. Preocupada, solo miró a Sebastián en señal de aprobación.

******

Sebastián le pidió a Daniela que le contara todo lo que supiera sobre los miembros de su familia y la relación entre cada uno de ellos. Él no podría interrogar a ninguno de los familiares, pero sí podría hacerle a Daniela todas las preguntas que quisiera. Los siguientes dos días tuvieron varias reuniones, todas en la misma heladería y siempre en la misma mesa

para no ser escuchados por nadie. En la última reunión que tuvieron, Sebastián llegó con un cuaderno de apuntes.

—¿Qué has anotado ahí? —preguntó curiosa Daniela.

—Acá tengo toda la información que he podido obtener de ti estos últimos días. Me gustaría leerte lo que tengo para confirmar que no he olvidado nada. Al no poder entrevistar a ningún miembro de tu familia, este cuaderno es todo lo que tengo. De acá saldrá el asesino.

Daniela le lanzó una mirada de escepticismo.

—¿Realmente crees que sólo con la información que yo te he dado resolverás este caso?

—No lo sé, Daniela. Pero solo me queda intentarlo.

Hizo una pausa, para seguidamente continuar.

—Comencemos…

Ambos se acomodaron en sus sillas. Sebastián tomó la palabra.

—Mientras voy leyendo mis apuntes, tú irás confirmando lo que leo o corrigiendo si detectas algo equivocado.

—Perfecto —asintió Daniela.

—Tu abuelo murió de dos disparos. Uno en el corazón y el otro en la cara.

Daniela empezó a llorar. Sebastián levantó su brazo derecho y lo colocó en el hombro de Daniela.

—Daniela, si no puedes hacer esto dímelo y nos detenemos acá. No quiero verte sufrir.

—Debo ser fuerte, Sebastián. Continúa.

Sebastián hizo una pausa para dejar que Daniela tome un poco de agua. Cuando la vio tranquilizarse, continuó leyendo sus breves apuntes.

—Dos disparos, ¿correcto?

—Correcto. Eso fue lo que informó el doctor Hurtado, que examinó el cuerpo de mi abuelo.

—¿Confías en ese doctor? —preguntó Sebastián mirando directamente a los ojos de Daniela.

—Es el doctor de la familia desde hace cuarenta años. Es como un padre para nosotros.

—Entiendo.

Sebastián continuó.

—Tú madre fue la que encontró el cuerpo el día martes a las once de la mañana al regresar del gimnasio. Inmediatamente llamó a tu padre, quien

se encontraba en la empresa de tu abuelo con tu tío Paolo. Ambos, al recibir la llamada se dirigieron rápidamente a la casa. Tu madre, después de llamar a tu padre, llamó al doctor Hurtado, quien llegó a la casa diez minutos después de la llamada.

—Todo lo que mencionas es correcto.

—¿Llegaste a ver el cuerpo de tu abuelo? Me interesa saber cómo estaba vestido.

—Lo lamento, no lo sé. Cuando llegué a mi casa ya se habían llevado el cuerpo. Supongo que seguiría con la misma ropa con la que tomó el desayuno.

—Tengo otra pregunta —dijo Sebastián— ¿Por qué tu abuelo no fue a la oficina ese día?

—No lo sé. Desde hacía un par de años se quedaba en casa algunos días de semana. Los que estaban todo el día en la oficina eran mi padre y el tío Paolo.

—Perfecto. Sigamos. Los últimos en ver con vida a tu abuelo fueron tu padre, tu madre y tu tío Paolo que salieron juntos a las ocho de la mañana. Desayunaron con él y salieron de la casa. Tus padres hacia la oficina y tu madre hacia el gimnasio. Es decir, el asesinato se produjo entre las ocho y las once de la mañana. Tres horas en las cuales pudieron haber pasado muchas cosas.

—Es verdad —afirmó Daniela.

—Tu abuelo estuvo solo en casa. ¿Ningún vecino escuchó los disparos?

—Al parecer, no.

—Tú te encontrabas en la universidad desde las siete y ya confirmé que tu madre llegó al gimnasio exactamente a las ocho y cuarto de la mañana. Felizmente el gimnasio lleva un registro de los ingresos de sus asociados.

Daniela se sorprendió.

—¿Estás sospechando de mi madre? —preguntó extrañada.

—Todos son sospechosos, incluso tú. Pero no te preocupes, ya confirmé tu coartada con los profesores de la universidad. Estuviste en tu clase de negocios internacionales a las siete y en la clase de derecho empresarial a las nueve.

Daniela lanzó un grito de sorpresa.

—Para eso me has contratado, jefa.

Ambos sonrieron.

Sebastián continuó preguntando.

—¿Sabes si el asesino forzó alguna puerta o ventana para ingresar a la casa?

—La policía confirmó que no —respondió Daniela.

—Eso quiere decir que lo más probable es que tu abuelo conociera al asesino. Tenemos dos opciones: el asesino estaba en la casa o tu abuelo lo dejó entrar.

—Interesante —afirmó Daniela.

—¿Hubo algún robo? ¿Algo ha desaparecido de la casa?

—Sí. Ese día desapareció el cofre en donde mi madre guardaba sus joyas y la colección de relojes de mi abuelo.

—Perfecto. Vamos avanzando —se dijo a sí mismo.

Daniela no dijo nada.

—¿Quiénes se beneficiaban con la muerte de tu abuelo? —se preguntó Sebastián—. Esta es la parte interesante. Todos se beneficiaban por igual. La herencia no es muy importante, debido a que la empresa está casi en la quiebra. La casa tiene valor, pero es poco útil ya que la familia seguirá viviendo ahí. Lo que existen son muchos seguros de vida. Tú abuelo tenía cinco diferentes seguros de vida, que en caso de muerte accidental, habría una indemnización de aproximadamente dos millones de dólares.

Daniela estuvo a punto de caerse de la silla. Quedó pálida y paralizada por escasos segundos. Finalmente reaccionó y pudo hablar.

—¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó sorprendida.

—Ya te lo dije. Me has contratado para que haga bien mi trabajo.

—¿Cómo se repartiría todo ese dinero? —preguntó con ansiedad.

—Bueno, no tengo las cifras exactas —afirmó Sebastián—. Pero ese monto se repartirá en partes iguales entre tu padre, tu tío Paolo y tú.

Daniela se quedó en silencio.

—Daniela, quiero ser sincero contigo. Solo hay cuatro personas que se benefician con la muerte de tu abuelo. A los tres mencionados habría que sumarle a tu madre, que se beneficia de forma indirecta.

Sebastián hizo una pausa para finalizar la idea.

—Entre esos cuatro está el asesino.

Daniela se quedó paralizada por unos segundos. Cuando pudo reponerse, preguntó.

—¿No me has descartado a mi? Estuve en la universidad toda la mañana. ¡Te lo juro, Sebastián!

—Daniela, no puedo descartar a nadie. Necesito analizar toda la información de mis apuntes. Tengo una idea clara de lo que pudo haber sucedido, pero hay algo que falta. El rompecabezas está incompleto. Mientras no encuentre esa pieza, este caso no podrá ser resuelto.

—¿Qué pieza es la que falta?—preguntó Daniela.

—Necesito que te concentres y me cuentes todo lo que sabes.

—Ya te lo he contado todo. Lo que hay en tu cuaderno de apuntes es todo lo que sé —afirmó Daniela.

—¡Debe haber algo más! —exclamó Sebastián—. Algún detalle que podrías haber pasado por alto. Alguna conversación en tu casa. Cualquier cosa que resulte extraña. Algo que cambió después de la muerte de tu abuelo.

—Te he contado todo, Sebastián. Todo lo que sé lo tienes en tus apuntes.

—No es suficiente. No quiero presionarte, pero necesito encontrar la última pieza del rompecabezas. Si se te ocurre algo, avísame.

Sebastián pagó la cuenta de la heladería. Antes de abandonar el local se cruzaron con la mesera que los había atendido. Sebastián metió su mano derecha al bolsillo y sacó una moneda. Se la entregó agradeciéndole el servicio. Entonces Daniela se sobresaltó. Lanzó un grito ininteligible. Al ver que Sebastián no la entendía, pronunció mejor sus palabras.

—¡La moneda!

—¿De qué hablas?

—Acabo de recordar algo. Hace unas semanas me llevaste a mi casa. El día en que dejé mi auto en el taller.

—Sí, lo recuerdo.

—Ese día, mientras estábamos en el auto, se nos acercó un vagabundo. Tú le entregaste una moneda.

—Es verdad. Lo había olvidado. Pero… ¿qué importancia tiene eso?

—Cuando le entregaste la moneda a la mesera, me vino la imagen del vagabundo. Lo que sucede es que desde hace una semana no he visto nuevamente a ese tipo. En realidad no sé si esto tenga alguna importancia con respecto al caso, pero…

—¡Daniela! ¿Me estás diciendo que el vagabundo que merodeaba por tu casa y tocaba la puerta para pedir comida ha desaparecido desde

hace una semana?

—Así parece, Sebastián. Al menos yo ya no lo he visto más.

Sebastián se puso pálido. Se tocó el rostro con ambas manos. Miró hacia arriba como buscando respuestas en algún lugar del cielo.

—¿Te pasa algo Sebastián? —preguntó Daniela.

Sebastián le mostró una sonrisa de triunfo.

—Danielita, encontré la última pieza del rompecabezas. Es hora de atrapar al asesino.

Daniela se mostró sorprendida.

—¿Sabes quién es el asesino? —preguntó nerviosa.

—Sí. Te explicaré todo en el auto. Tenemos que llamar al fiscal, a la policía y hacerle una visita a toda tu familia esta misma noche.

******

La sala de la residencia Lombardo era bastante amplia. A pesar de que había nueve personas, todos estaban sentados cómodamente. Todos, excepto Sebastián, quien se encontraba de pie en medio de la sala esperando comenzar su exposición. Giró lentamente su cuerpo para observar a todos los presentes. Daniela y sus padres estaban sentados en el sillón principal. Más allá, el tío Paolo y el doctor Hurtado conversaban en voz muy baja. El fiscal y los dos policías que lo acompañaban habían preferido alejarse del centro de la sala como para no quitarle protagonismo el joven abogado. Estaban preparados para escuchar el resultado de la investigación.

—Necesito que alguien me explique todo esto —exclamó molestó el padre de Daniela—. ¿Para qué nos han citado a esta reunión?

Daniela intervino.

—Papá, déjame explicarte. Fue muy duro para mí perder al abuelo Emiliano. Cuando me di cuenta de que el fiscal y sus detectives no avanzaban con sus investigaciones, decidí pedirle a mi colega y amigo Sebastián que me ayude con este caso.

—¿Te volviste loca, Daniela? —interrumpió su madre.

—¡Déjame terminar, mamá! —exclamó con firmeza—. Sebastián me ha informado que el caso ha sido resuelto. Él no ha querido contarme nada ni darme mayores explicaciones.

Hizo una breve pausa.

—Te escuchamos, Sebastián —dijo finalmente.

Sebastián miró uno a uno a todos los presentes en la sala. Dejó para el final al fiscal, quien al darse cuenta de que era observado, asintió con la cabeza como una clara invitación a iniciar la exposición.

—Buenas noches, señores, no es mi intención quitarles mucho tiempo con esta reunión. Voy a exponer los hechos de una manera rápida y concisa. En solo diez minutos terminaré con el trabajo que me fue encomendado.

Daniela sonrió al escuchar esas últimas palabras.

—Este asesinato tuvo desde el inicio datos muy interesantes. Las puertas y las ventanas nunca fueron forzadas. Ninguna persona, salvo el asesino y la víctima, oyeron los dos disparos, lo cual me hizo pensar que el asesino era miembro de la familia o alguien conocido que pudo ingresar a la casa fácilmente. Los cuatro integrantes de la familia tenían coartadas sólidas. A la hora del asesinato, calculado entre las ocho y las once de la mañana, Vasco y Paolo Lombardo se encontraban en la empresa familiar, la señora de Lombardo estaba en el gimnasio y Daniela en la universidad.

Sebastián hizo una pausa para tomar un sorbo de agua. Luego continuó.

—Otro dato interesante eran los beneficiados con la muerte de Emiliano Lombardo. No existe una gran herencia, pero si una fuerte suma de dinero a indemnizarse por los seguros de vida de la víctima. Tenemos tres personas que se repartirán dos millones de dólares. Una suma nada despreciable tomando en cuenta que la empresa familiar está casi quebrada.

—¡Tonterías! —gritó el padre de Daniela mientras se levantaba del sillón—. ¡No voy a permitir que este tipo nos acuse de esa manera!

Daniela tomó a su padre de la cintura y lo hizo sentarse nuevamente en el sillón mientras lo tranquilizaba con unas palabras. Sebastián continuó hablando como si nada hubiera pasado.

—Con toda esta información, realicé algunas investigaciones en muy pocos días. Confirmé las coartadas una y otra vez, investigué el impecable historial del doctor Hurtado, confirmé la real situación de la empresa y traté de entender, con la ayuda de Daniela, la relación que existía entre todos los miembros de la familia. De toda esta información no obtuve mucho, pero sí algo importante. Me di cuenta de que este caso sería resuelto no tanto por las pruebas, ya que ni siquiera tenía la opción de interrogar a los sospechosos, sino de algún error, algún cabo suelto que no

cuadrara. Lo denominé: la última pieza del rompecabezas.

Sebastián se detuvo, respiró hondo y siguió hablando.

—Hace un momento, cuando salíamos de la heladería, Daniela recordó un hecho que sucedió hace unos días en la puerta de esta casa. Mientras estábamos en el auto, un vagabundo se acercó a nosotros pidiendo unas monedas. Hasta ahora recuerdo las palabras que Daniela utilizó esa tarde: “hace varias semanas que merodea por esta zona”. Miró a Daniela, quien mostraba un rostro sonriente y de satisfacción.

—Daniela me hizo recordar este hecho y fue en ese momento que todo tuvo sentido. Encontré la pieza faltante y el rompecabezas se armó. Comencé a asociar todo lo vivido en los últimos días. La bella Daniela le pide a un joven e inexperto abogado que trate de descubrir al asesino de su abuelo. Con esto logra que el fiscal y los detectives no sigan investigando el caso con tanta dedicación. Me entró la duda. ¿Por qué Daniela prefería que un joven abogado sin experiencia en estos temas investigue un caso tan complejo? Era extraño. Seguidamente, di un rápido repaso mental a las coartadas. Las de Vasco y Paolo eran muy sólidas. Estuvieron en la oficina con más de cincuenta personas como testigos. Con la señora Lombardo sucedía lo mismo. El gimnasio del cual es socia, registra el ingreso y salida de sus asociados. No había ninguna duda. Sin embargo, el caso de Daniela no era tan claro. El profesor de la universidad registró su asistencia al inicio de la clase, es decir, a las nueve de la mañana. ¿Quién podría asegurar que Daniela estuvo durante toda la clase en esa aula?

—¡Esto es ridículo! —gritó la señora Lombardo.

Daniela estaba sentada en el sillón con las manos en su rostro. Su sonrisa había desaparecido.

—¡Silencio! —gritó el fiscal—. ¡Déjenlo terminar de hablar!

Sebastián continuó. Era su momento.

—La coartada de Daniela era muy débil. Adicionalmente, estaba su extraño pedido de no entrevistar a los miembros de su familia. ¿Por qué? ¡Su abuelo había sido asesinado y ella no quería que se interrogue a sus familiares! Eso no tenía sentido. La razón por la cual no quería que se interrogue a sus familiares era porque ella no deseaba que se descubra al asesino. ¡Qué mejor forma de lograrlo que impedir que el investigador obtenga información de las personas que más conocían de ella! Finalmente, cuando recordé lo del vagabundo, me di cuenta de lo que había sucedido. Daniela había creado al sospechoso desde mucho antes del asesinato de su

abuelo. Todo muy bien armado desde el inicio. Solo cometió un pequeño error: me subestimó.

Todos los presentes se quedaron sin palabras. Hubo un silencio general que duró varios segundos. Voltearon a mirar a Daniela quien estaba llorando, tapándose la cara con ambas manos.

—¡Daniela, diles que todo esto es mentira! —le ordenó la desesperada madre—. ¡Diles que no es verdad!

Vasco y Paolo Lombardo se levantaron para impedir el arresto, pero los dos policías mostraron sus armas en señal de advertencia.

Daniela se mantuvo en silencio mientras los dos policías la escoltaban al vehículo policial.

—Buen trabajo, Sebastián —dijo el fiscal mientras le daba unas palmadas en la espalda.

El fiscal hizo un gesto para despedirse de los demás y salió de la casa.

Escucharon el sonido del motor del auto al encenderse y segundos después el ruido de las sirenas policiales que se alejaban.

—¿Qué diablos has hecho, muchacho? —preguntó furioso el doctor Hurtado.

—¡Daniela es inocente! —gritó Vasco.

Sebastián era el blanco de todas las miradas de odio de los Lombardo. Miró directamente a Vasco.

—¿Cómo sabes que Daniela es inocente? —preguntó.

—Porque Emiliano Lombardo está vivo —respondió Vasco.

De pronto la habitación se quedó en completo silencio. Paolo no pudo contenerse.

—¡Cállate, Vasco! —gritó totalmente fuera de sí.

—¡Es momento de decir la verdad, Paolo! ¡No voy a permitir que mi hija vaya a la cárcel!

Sebastián se quedó callado. Se limitó a escuchar la discusión entre los hermanos.

—¡Maldita sea, Vasco! ¡Sabía que esto no funcionaría!

El doctor Hurtado escuchaba la conversación mientras consolaba a la señora Lombardo. Ambos se miraban en clara señal de resignación.

—¿De qué están hablando? —preguntó Sebastián.

Todos se miraron. Fue Vasco Lombardo quien finalmente tomó la palabra.

—Mi padre está vivo, Sebastián —hizo una breve pausa antes de continuar—. Todo fue un plan para cobrar el seguro de vida.

—Pero… ¿y el cuerpo con los dos disparos? —preguntó Sebastián.

—El vagabundo —dijo Vasco mientras miraba a todos los demás.

—¿Mataron al vagabundo?

—Tuvimos que hacerlo. Necesitábamos un cuerpo para hacerlo pasar por mi padre y engañar al seguro.

—¿Dónde está Emiliano en estos momentos? —preguntó Sebastián.

—No te lo puedo decir. Pero está bien y se mantendrá escondido por un tiempo.

—¿Cómo hicieron pasar el cuerpo del vagabundo como el cuerpo de Emiliano?

—El doctor Hurtado se encargó de eso. Además, todos nosotros afirmamos que era mi padre. ¿Quién lo iba a poner en duda? Evitamos que Daniela vea el cuerpo para no convertirla en cómplice.

—¡No tengo más preguntas! —gritó Sebastián.

En el momento en el que Sebastián pronunciaba esas palabras, la puerta de la casa se abrió y aparecieron Daniela, el fiscal y los mismos dos policías, esta vez, acompañados por tres policías más.

—¿Grabaron toda la confesión? —preguntó Sebastián.

—Sí —respondió el fiscal.

******

—Cumplí mi promesa y tú cumpliste la tuya —dijo Sebastián.

Daniela recordó las palabras de Sebastián. “La condición es que yo descubriré al asesino e informaré a la policía, sin importar quién o quiénes fueron los culpables”.

Sebastián siguió hablando.

—Te pido disculpas por toda la escena que tuviste que presenciar con tu familia, pero era la única forma de que se haga justicia. Iba a ser imposible encontrar a tu abuelo y creo que hubiese sido mucho peor tener que desenterrar el cuerpo del vagabundo para confirmar su identidad.

—Hiciste bien, Sebastián. Te convertirás en un gran abogado.

—Tú también, Daniela. No son muchos los que ponen a la justicia por delante de su familia.

Daniela no dijo nada.

—¿Estarás bien? —preguntó Sebastián.

—Estaré bien mientras tú estés cerca.

Sebastián sonrió.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Sebastián?

—Por supuesto.

—Sobre la confesión de mi padre, ¿ya lo sabías todo? Es decir, ¿todos los detalles?

—Todos los detalles —respondió.

—¿Desde cuándo? —preguntó Daniela.

—Desde que tú colocaste la última pieza del rompecabezas.

Sebastián se quedó pensando. De pronto levantó la mirada hacia Daniela.

—¡No es verdad! —exclamó—. Hay algo que no llegué a descubrir.

—¿Qué cosa? —preguntó extrañada Daniela.

—El final de esta historia.

—¿A qué final te refieres? —preguntó Daniela.

Sebastián se acercó lentamente y la besó.

El último cuento

Diego levantó la mirada hacia la pantalla de su vieja laptop. El joven escritor era consciente de lo poco que le faltaba para terminar su primer libro. Sin embargo, sentía que no era capaz de crear ese último cuento que permitiría culminar su obra.

Llevaba más de un mes tratando de crear algo que sea digno de un final de un libro que le había tomado dos años escribir. Pero la ansiedad por terminarlo y convertirlo en un éxito de ventas se había apoderado de su mente.

Cuando todos estos pensamientos continuaban impregnándose en su cabeza y a la vez, se daba cuenta de que la pantalla de su computadora seguía en blanco, sonó el teléfono. Reconoció rápidamente la voz de Ricardo, su amigo y futuro editor.

—¿Cómo va todo, Diego? —preguntó.

—No muy bien, Ricardo —respondió Diego—. Todo sigue igual. Aún me falta el último cuento.

—Entiendo. Pero necesito que lo termines. Tú sabes cuál es mi situación. Mi empresa editora está casi en la quiebra. Necesito el libro para sacarlo a la venta.

—Lo sé, Ricardo. Es probable que yo lo necesite más que tú. Sin embargo, en estos momentos no estoy en condiciones de crear nada. La ansiedad me está matando.

—Diego, ayer estuve pensando en toda esta situación y se me ocurrió una gran idea para tu último cuento. Es un cierre perfecto para tu libro.

—¿En serio? —preguntó incrédulo Diego—. ¿Por qué no almorzamos hoy en mi casa y me cuentas tu idea?

—¡Bien! —exclamó entusiasmado Ricardo—. Creo que tengo el

cuento perfecto. Nos vemos en un par de horas.

******

Diego le pidió a Ricardo no tocar el tema del libro hasta después del almuerzo. Quería disfrutar la pizza que había traído el repartidor de siempre. No le gustaba cocinar y vivía solo. Combinación perfecta para ser un asiduo consumidor de comida rápida.

Cuando terminaron, fue Ricardo el primero en hablar.

—Diego, gracias por la invitación. La pizza estuvo muy buena.

Hizo una breve pausa para después continuar.

—Tengo una buena idea para tu último cuento.

—Lo sé. Me lo dijiste por teléfono. Y me encuentro en un momento en el cual toda idea puede ayudar.

—Entiendo.

—Te escucho, Ricardo.

—Tú eres un escritor, ¿correcto?

—Correcto —respondió Diego.

—Y debido a la ansiedad generada por la presión de terminar tu libro, no te es posible crear ese último y definitivo cuento.

—Sí, eso lo sabemos.

—Bueno, precisamente sobre eso es el cuento —dijo Ricardo con gran entusiasmo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Diego.

—Escribe un cuento sobre un escritor que, debido a la ansiedad por terminar su libro, no puede crear el último cuento de su obra. Y que a partir de ahí entra en un estado crítico de desesperación, de impotencia, de agresividad.

Diego lo miraba y escuchaba atentamente. Ricardo continuó

—Puedes agregar algunos personajes como el editor que lo presiona para terminar el libro porque su editorial está al borde de la quiebra.

Diego se quedó en silencio por unos segundos asimilando la idea recibida.

—Es un argumento interesante, Ricardo —dijo Diego. Pero hay dos problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó Ricardo.

—El primer problema es la poca cantidad de personajes. Con lo poco que tengo no podré hacer ningún giro a la historia, nada que sorprenda. Y el segundo problema es el final. ¿Qué final puedo hacer que

no sea previsible? ¿El escritor se suicida? ¿Mata a su editor? ¿Mata a la novia? Sinceramente no veo un buen final.

—¡Vamos Diego! ¡Tú eres un experto en esto! —exclamó Ricardo con gran energía, como para animarlo—. A partir de esta historia podrás crear un gran final y agregar algunos personajes para poder hacer esos giros que tanto te gustan y sorprenden al lector. Sólo necesitas algo de tiempo.

—No me convence, Ricardo. Es un cuento muy forzado. Con poco como para sorprender.

Ambos quedaron en silencio. Ricardo pensaba en cómo convencerlo mientras que Diego perdía la esperanza de lograr que ese cuento se convierta en algo exitoso y digno de ser parte de su obra.

Después de algunos segundos de incómodo silencio, Ricardo habló.

—Diego, necesito ese libro. Necesito editarlo, imprimirlo y sacarlo a la venta. Mi editorial está casi quebrada. Solo tú puedes ayudarme. Escribe ese último cuento y terminemos con esto.

Diego lo miró directo a los ojos.

—Ricardo, no estoy en condiciones de escribir nada original. No puedo crear nada. He decidido descansar algunos meses hasta que recupere la motivación y la creatividad.

Ricardo se sobresaltó.

—¿Estás loco, Diego? ¿Qué diablos vas a hacer en esos meses? —preguntó con notoria molestia que se reflejaba en su rostro.

—Voy a apoyar a un profesor de literatura en la universidad. Tú sabes, como unas prácticas, solo para sobrevivir hasta que pueda terminar el libro.

—¡No hables tonterías, Diego! Escúchame por favor. Ese sería el primer paso hacia la mediocridad. ¡Tú eres un escritor!

A Diego no le gustó lo dicho por Ricardo. Se enfureció.

—¡Ricardo, no me presiones! ¡Terminaré el libro cuando yo quiera y no cuando mi editor me lo exija! —gritó con exagerada agresividad.

—¡Eres un maldito egoísta! —gritó Ricardo, aún más agresivo—. ¿Eso es lo que soy? ¿Sólo tu editor? ¡Sigues siendo el mismo mediocre de siempre!

Diego se levantó de su silla violentamente. Dio un salto y empujó a Ricardo, quien cayó al suelo de manera violenta.

Al darse cuenta de lo que había hecho, Diego se acercó para ayudarlo a levantarse. Ricardo estaba descontrolado y desde el suelo le dio

una patada en el estómago. Después se levantó y lo empujó con gran fuerza.

Diego cayó de espaldas, golpeándose la cabeza con el borde de la silla. Ricardo pudo ver cómo el suelo del comedor se convertía en un gran charco de sangre. Asustado, se acercó a su amigo para ayudarlo, pero no pudo. El golpe había sido mortal.

De pronto se dio cuenta de lo paradójico de la situación. No habría suicidio. El escritor no mataría a su editor ni a la novia. Era un final que al escritor nunca se le ocurrió, pero sí al destino. Su cuento tenía un final y era perfecto.

Salió del comedor y se dirigió a la sala. Tomó la laptop de Diego. Al ver lo que tenía en las manos, se percató de que su editorial no desaparecería. Tenía un libro para publicar y acababa de encontrar un final para el último cuento. Y no se sentiría culpable.

—Fue solo un accidente —se dijo a sí mismo—. Yo fui invitado a almorzar. ¡Él me invitó!

Mientras abandonaba la casa se dio cuenta de que no solo tenía la obra de Diego y el último cuento, sino también el título perfecto para el libro.

Dijo el nombre en voz alta sólo para confirmar que era fonéticamente perfecto.

—Invitación al crimen.



EUGENIO OLIVEIRA (Lima, 1977) es un escritor peruano especializado en cuentos cortos de misterio policial. Es Licenciado en Administración de Empresas en la Universidad de Lima, posee una Maestría en Comercio Internacional en la Escuela Europea de Dirección y Empresa de Madrid y estudios de negociación en Harvard University. Ha llevado cursos y talleres de narrativa y crítica literaria dictados por diversos escritores, como Alonso Cueto, Ana María Gozzolo e Iván Thays. "Invitación al crimen" es su primer libro.